AÑO II AGOSTO DE 1888 NUM. 8.º

GALICIA

REVISTA REGIONAL

DEL REGIONALISMO GALLEGO EN CUBA

I

Interesante por todo extremo debe ser para las cuatro provincias gallegas la suerte de aquellos de sus hijos á quienes obligan á emigrar los rigores del Destino. Y entendemos para nuestro objeto por Destino, en el presente caso, no el hado ciego y brutal de los paganos, sino la resultante de una porción de desastrosos factores que nos empujan á los gallegos á abandonar el hogar querido, á dar un triste que es quizá el último adios, á las dulces afecciones de la familia, á los amigos de la infancia y á todos aquellos objetos materiales, testigos de nuestros primeros pasos en la vida y cuyo recuerdo jamás se borra de nuestro espíritu.

Escritores ilustres, pensadores profundos de nuestro suelo han señalado una y cien veces estos elementos, causa de la despoblación y de la ruina de Galicia. Su voz se ha perdido en el vacío. El pueblo gallego no tiene todavía la

conciencia de su fuerza y de su poder; duerme aún el sueño de siglos de opresión y sistemático embrutecimiento y mientras no despierte ¿qué importa que le digan que todos los gallegos debían unirse como un solo hombre para hacer política, no de partidos raquíticos y despreciables, sino política regional? ¿qué importa que le digan que es necesario dejar un rutinarismo caduco y completamente estéril y que le hablen de las maravillas que producen el espíritu de empresa y de asociación? Nada ciertamente; y en tanto su juventud lo abandona, sus campos se despueblan, sus más fértiles comarcas se esterilizan, la ruina general se acentúa y uno de los más fértiles y bellos países de la Península pronto se convertirá en mansión inhabitable, en lugar de desventuras y de tormentos, del cual será necesario huir. La obra de una centralización absurda está dando sus amargos frutos y reproduciendo el hecho de la gallina de los huevos de oro.

Consuela, después de todo, el ver que la Galicia expatriada no olvida la tierra que la dió el ser, ni á las gentes de quienes procede. Entre lo girado por las casas de banca de las ciudades principales de Galicia y lo que llevan consigo los que al país regresan, quizá alcanza la cifra de cinco millones de duros en efectivo y por año lo que los hijos ausentes envían á la madre desgraciada.

Si desde tiempo inmemorial no fuese de todos conocido y aun de algunos injusta y neciamente ridiculizado el amor intenso é inextinguible que el gallego profesa á su país natal, vinieralo á poner de relieve el hecho cierto que acabamos de exponer. Si Galicia perdiese esos cien millones de reales que recibe todos los años, por el concepto enunciado, caería de pronto en el abismo á que con pasos rápidos se encamina.

Este mismo afecto á la *tierruca*, que diría Pereda, ha producido en las principales capitales de Cuba, pero muy particularmente en la Habana, un fenómeno muy singular y muy digno de estudio. El gallego, cuyo carácter individualista lo aleja de la asociación, se ha asociado con sus comprovincianos y con los descendientes de estos, fundando diversas sociedades con variados fines; pero todos honrosos y que, informándose en el sentimiento regioual, vienen á ser por modo extraño para nosotros una segunda Galicia.

Tienen unas por objeto la caridad, ejercida muy particularmente á favor de los comprovincianos enfermos y desvalidos. La instrucción y el recreo son el objetivo de las otras. Todos estos son ciertamente el pretexto, los móviles apa-

rentes; pero, en el fondo, el gallego se siente atraído á dichas sociedades con impulso irresistible, no tanto por los beneficios que en las mismas pueda hacer ó recibir, cuanto porque en ellas olvida hasta cierto punto lo doloroso de su expatriación; allí oye su nativa lengua; allí le hablan del objeto constante de su culto y se imagina que en su seno está dentro de Galicia. Cuando por un momento escucha los tristes acordes del instrumento musical que ha oido en su infancia, cuando ve los trajes y los bailes regionales, el entusiasmo se apodera de su alma, el amor, latente, sale á la superficie y hace explosión y es seguro que en aquel instante ama sutierra natal con más intensidad, con más vehemencia que sino la hubiera abandonado nunca. Precisa haber asistido á una de esas expléndidas funciones teatrales que todos los 25 de Julio dá la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Galicia en la Habana para comprender hasta que extremo es dulce y querido el recuerdo de la patria ausente.

Aquí la patria está tomada en el sentido de *a terra*, frase provincial mal definida y que se aplica ya al conjunto de las cuatro provincias, ya á una provincia sola, bien al valle ó á la montaña ó al pueblo en donde se ha visto la lnz del día. Que en nuestro afán analítico, en nuestras tendencias al fraccionamiento, como hemos llevado la propiedad á la división atomística, llevamos en algunos casos el sentimiento patrio hasta condensarlo en un pequeño pueblo que no se encuentra en el mapa.

Por lo demás, los gallegos sabemos perfectamente que *España es de los españoles*, lo mismo en la península que en sus islas adyacentes, en América en Africa ó en la apartada Oceanía. Esta noción de la solidaridad nacional la hemos sellado con nuestra sangre en cien combates; pero esto no quita el que amemos de un modo completamente especial y apasionado nuestra propia región, afectando en algunos tanta intensidad esta ternura, que el alejamiento de su hogar les produce la nostalgia ó *morriña*, enfermedad casi especial de la raza gallega.

Pero en Cuba y especialmente en la Habana, es caso raro que se padezca semejante enfermedad, porque los centros regionales vienen á satisfacer á su manera esa necesidad de amor á la tierra natal que el gallego experimenta desde la cuna al sepulcro, cualesquiera que sean su ilustración, su posición y las circunstancias que lo redeen. He aquí uno de los

beneficios que reportan los referidos centros y sino es el principal es seguramente uno de los más importantes.

Las sociedades de Beneficencia gallega en Cuba tienen por objeto auxiliar al comprovinciano menesteroso, acudir al socorro del enfermo, proporcionándole recursos cuando carece de ellos y embarcándolo para Galicia, si su enfermedad reclama el cambio de clima y no tiene con que costearse el pasaje. La misión no puede ser ni más noble, ni más santa. Cualquiera comprovinciano, sea socio ó no lo sea, (comunmente el peticionario no es socio), acude en un pliego de papel simple al director de la sociedad, exponiendo su situación y lo que desea. Inmediatamente es visitado por dos miembros de la directiva y reconocido, si está enfermo, por un médico de la sociedad, se tramita sumariamente un expediente y demostradas su falta de recursos y su enfermedad, se le facilitan, ó se le envía á tomar baños, ó á la península, si esto se hace preciso. ¿Puede haber nada más honroso que esto? No lo hay ciertamente. La caridad cristiana se nutre en este caso de la rica savia del sentimiento regional que la aviva, la estimula y la regula y dirige.

La sociedad de Beneficencia gallega de la Habana establecida desde 1872 es la más antigua, más importante y más rica de las sociedades gallegas de Beneficencia de toda la isla. En letras de oro debiera conservarse el nombre de sus fundadores que han merecido bien de la colonia y de su país de origen, pues la sociedad que han constituido, les honra y enaltece, lo mismo que á los que han seguido luego sus huellas.

Galicia debe congratularse de que sus hijos, residentes en la Habana hayan dado, constituyendo esta hermosa y caritativa sociedad, una gallarda muestra de su cultura y de sus nobles sentimientos con tanto más motivo, cuanto que es la vicedecana ó lo que es lo mismo la segunda en antigüedad de las sociedades de Beneficencia regionales, siendo la primera la catalana.

Sl bien la sociedad de Beneficencia gallega de la Habana está constituida exclusivamente por gallegos y por sus familias, no socorre solamente á los comprovincianos. Cuantos necesitados llegan á sus puertss, sea cualquiera la región en que hayan nacido ó la nación á que pertenezcan, son socorridos y amparados. En los años que lleva de existencia, cientos y miles quizá de hijos de Cuba han sido por ella favorecidos, así como numerosos peninsulares de diversas

provincias y hasta extranjeros. Que la caridad regional no es estrecha y mezquina, como algunos malamente suponen; antes al contrario es de naturaleza difusible y expansiva. Establece preferencias legítimas, dice: "*primero á los mios, luego á los demás, si puedo*„ y esto no es censurable sino muy digno de aprobación y aplauso. Algunos escritores, que ven con malos ojos cuanto del regionalismo procede, no aprueban estas distinciones y es que olvidan que lo que se gana en extensión se pierde en intensidad y que, cualquiera que sea el grado de cultura alcanzado por los individuos ó por las colectividades, siempre han de ser primero los propios que los extraños.

Los medios de subsistencia con que cuenta la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Galicia en la Habana, consisten en la modestísima cuota mensual que paga cada socio, de un peso billetes, que representa proximamente nueve reales vellón; en los productos de la función de teatro que da la Sociedad todos los años el 25 de Julio; en alguno que otro donativo y en los productos de su capital que, situado en acciones de diversos Bancos y Empresas, asciende próximamente á cincuenta mil duros ó séase un millón de reales vellón.

El promedio anual de ingresos se puede calcular equitativamente en once mil duros, repartidos del siguiente modo:

	Oro.—Duros.
Producto de la suscripción.	4.700
Intereses del capital.	4.000
Producto de la función anual de teatro y de algunos donativos.	2.300
TOTAL.	11.000

Los gastos son escasísimos. El secretario, que es un miembro de la Directiva, sirve gratuitamente. Los Profesores Médicos nada perciben por sus servicios facultativos. Sólo el cobrador y un escribiente de la Secretaría son retribuídos. Estos dos sueldos y algunos otros gastos insignificantes no alcanzan la suma anual de dos mil duros en oro. Por manera que quedan á la Sociedad libres todos las años para atender á sus caritativos fines sobre 9.000 duros en oro.

De estos 9.000 duros no suele gastar sino uuos cinco á seis mil y el resto de tres á cuatro mil se va capitalizando todos los años, compitiendo en celo y buen deseo de atender

á todas las necesidades y de aumentar los fondos sociales todas las Directivas que se han ido sucediendo sin excepción de una sola.

Tal es la Sociedad de Beneficencia de naturales de Galicia en la Habana. El amor regional la ha creado, el afecto á la tierra natal y á cuanto de ella procede la sostiene y la engrandece, y, á marchar las cosas por la misma senda que hasta aquí han traído,—y todo hace esperar que así suceda— no pasarán muchos años sin que esta Sociedad sea poderosa y sin que, agrandando su esfera de acción, pueda prestar, especiaimente á sus asociados y comprovincianos y aun á cuantos á ella acudan, servicios más útiles y más fructuosos, de los que en la actualidad les ofrece con ser hoy una verdadera Providencia de míseros y de enfermos.

A su ejemplo é inmitación se han formado sociedades gallegas de Beneficencia en Matanzas, en Cárdenas y en Cienfuegos que realizan en las respectivas localidades ennnciadas lo que la de la Habana en la capital de la isla. Algunas de estas sociedades dan asistencia sanitaria. La de la Habana sólo en casos excepcionales ha mandado á una casa de salud á algunos peticionarios.

El espíritu de asociación tan ausente de nuestro pueblo en Galicia, parece como que despierta en esta apartada isla, produciendo, como siempre, resultados maravillosos, revelándonos nuestra fuerza y dándonos á conocer que, allá como aquí, unidos, lo podremos todo; dispersos y lo que es peor, devorándonos en intestinas discordias, ni ahora, ni después, ni nunca, serémos nada.

En un segundo artículo estudiarémos otras sociedades gallegas que no tienen por objeto la beneficencia, sino la instrución y el recreo, el recreo solamente, y aun. en estos últimos tiempos, la protección mútua, aunque nada más que en el ramo de la asistencia sanitaria.

JUAN MANUEL ESPADA.

Habana Febrero 16, 1888.

LAS FIESTAS DEL APÓSTOL SANTIAGO

Los orígenes de la ciudad de Santiago son de todos bien conocidos. Nació, cual observa un eminente escritor gallego (1) al pie del sepulcro del Apóstol evangelizador de las Españas, y al abrigo de los muros de su Iglesia, erigida por la piedad para conmemorar con los prestigios del culto los venerandos restos de este esforzado heraldo de la fe cristiana en las regiones del Occidente de Europa.

La religión y la piedad son por tanto el pedestal de la grandeza de la ciudad compostelana, llamada por antonomasia la *Jerusalen de Occidente*, visitada, un tiempo, por Pontífices, Emperadores, Reyes, Príncipes, y Guerreros, engalanada con las ricas preseas del arte, cuna del cristianismo en España, y centro de la cultura gallega; que todos estos beneficios y otros muchos recabó por mediación de la fe religiosa tan encarnada en nuestros antepasados.

(1) Murguía.—*Historia del arte en Santiago.*

Y no sólo fué, Santiago, cuna del cristianismo en España, sino que también escuela del arte, y muy preclara en Galicia.

Paralelamente al elemento religioso y bajo los auspicios del mismo, se desenvolvió, en dicha ciudad, el artístico, que utilizaba la erección y decorado de los templos y monasterios para hacer ostentoso alarde de sus gallardas y atrevidas concepciones.

De aquí nace que se la llame centro de las artes gallegas, pues al calor de las mismas han brotado esos monumentos suntuosos que la engalanan á porfía y que atraen hacia ella procesiones de artísticos romeros ávidos de admirar tanta maravilla.

Ni el olvido en que caen las edades pasadas, ni las injurias del tiempo han sido bastantes á entibiar la admiración y el entusiasmo inspirados por esos soberbios monumentos que yerguen, orgullosos, sus esbeltas torres á través del azulado eter y que, inmóviles como la fe en medio de las borrascas de la vida, subsisten aún, en tanto todo se derrumba en torno de los mismos.

¡Y cuántos recuerdos no evocan esos venerandos edificios, y cuán titánica labor no habrá demandado hacerlos surgir y destacarse con el bello aspecto y con la severa majestad en que se ofrecen á nuestra sorprendida vista!

Ellos nos recuerdan, en primer término, al eximio arquitecto Mateo, regocijo de los amantes del arte, orgullo de esta región y delicia de las generaciones que le han sucedido; al genio inspirado, en suma, que nos legó, escritas en ritmo de piedra, las brillantes ejecutorias de su fama póstuma al dejarnos su admirable *Pórtico de la Gloria*, manifestación, la más hermosa, en sentir de algunos (1) de aquel arte eminentemente hierático que fiaba sus éxitos á la fusión de la arquitectura y de la escultura y que imprimía á sus bizarras concepciones un sentido marcadamente simbólico é iconográfico. Y al par de Mateo evocan, dichos monumentos, los nombres de Andrade que ideó y construyó la esbelta torre del reloj de la Basílica compostelana, la cual torre se eleva en medio del aéreo horizonte, como si intentase, movida de místico anhelo, poner la tierra en contacto con el cielo, de Casas, Simon Rodríguez, Varela, Loys, Monteagudo, Ferro Caabeiro, Camiña y Prallo, á quienes se deben muchos de los edificios que tanto realzan á Santiago; de

(1) Villaamil y Castro.—*Cultura de Galicia en el siglo XII.*

escultores tan distinguidos como Gregorio Hernandez que nos legó un testimonio de lo mucho que valía en su admirable Santo Cristo del Monasterio de Conjo, Miguel Romay, Gambino, Antonio Fernandez, y el inspirado autor de Santa Escolástica (2) el ilustre cuanto modesto Ferreiro, llamado el Canova gallego, por la semejanza que existía entre las aptitudes del ilustre hijo de Noya y las del inmortal italiano; de pintores como García Bouza y Ferro Requejo; y por último de broncistas, orfebres, tallistas, retallistas y herreros, unos conocidos como Moure, anónimos é ignorados otros, pero cuyas obras bastan para granjearles reputación merecida. (1)

Es lógico reconocer, después de todo, que la religión debió proyectar influencia decisiva en los progresos del arte, puesto que, sin la mediación de éste, no llegaría á revestir el culto la pompa y magnificencia necesaria para herir de un modo vivo la imaginación popular, ajena por lo común á las abstracciones del dogma, pero por demás accesible á las formas simbólicas que impresionan los sentidos y á todo lo que tienda á conmover el corazón tocando sus fibras más sensibles y delicadas.

A la religión y al arte deben su esplendor y fama universal las fiestas que motivan este modesto trabajo, pero el origen de las mismas arranca de un acontecimiento fausto en los anales del cristianismo, que ocurrió á raíz de la nona centuria de la era de gracia.

Vivía á comienzos del siglo IX, consagrado á la asistencia espiritual de los contados moradores del agreste burgo de *San Felix de Solobio*, un ermitaño de vida austera y de piedad ejemplar, llamado Payo. Vino á acrecentar los éxtasis de su vida contemplativa un suceso maravilloso y peregrino, pues oía durante la noche cantos que partían de una finca ó monte (2) denominado *Libredón*, poblado de matas y de robles corpulentos, y veía además varias luces y una estrella de mayor magnitud que las demás que esmaltaban el firmamento, la cual parecía posarse sobre el árbol más elevado. Comprendiendo el santo ermitaño con esa misteriosa intuición que se manifiesta de un modo tan enérgico en

(2) Existe la efigie ó escultura de esta Santa en el ex-monasterio de San Martín de la ciudad de Santiago.

(1) Murguía.—*Historia del arte en Santiago*

(2) Libro de la Hermandad de los *Caballeros Cambeadores*.

las almas de los elegidos, que se trataba de un acontecimiento extraordinario, trasladóse al punto á Iria; y allí notició al obispo Teodomiro, cuanto había observado en el modesto burgo de Solobio. Vino á este punto el celoso obispo y, tras prolijas exploraciones y pesquisas, halló al fin, en la finca ya dicha, el cuerpo del Santo Apóstol dentro de labrada urna de mármol, la cual se hallaba depositada en una cueva subterranea, según unos (1), y según otros, (2) en una capilla ú oratorio erigido por los discípulos del Santo. Pasó el obispo Teodomiro á Oviedo, donde residía la corte de don Alfonso el Casto, y allí puso en conocimiento del rey el fausto descubrimiento llevado á feliz término, merced á la iniciativa de Payo. Convocó luego el monarca á los obispos y grandes, y con ellos se fué en peregrinación al apartado burgo de Solobio, en el que vió con sus ojos el santo cuerpo del apóstol, oró ante el mismo con el fervor inusitado que le sugería su proverbial piedad, y dió orden para que se construyese una basílica sobre la pequeña capilla recién descubierta, la cual basílica reedificada por don Alonso III, ensancharon y continuaron Diego Pelaez II y don Diego Gelmirez, y terminaron sus sucesores hasta dejarla en la forma que hoy ofrece (3)

El sepulcro descubierto por Teodomiro fué, á partir del siglo IX, el enérgico y poderoso imán que produjo esas corrientes de devoción, merced á las cuales se sintió atraída la cristiandad hacia el abrupto y agreste burgo de Solobio.

Nada tiene de extraño que un acontecimiento de tanta monta excitase más y más el entusiasmo religioso de los pueblos de la edad media, en los cuales estaba encarnada la fe de un modo tan hondo y profundo. Todos ardían en deseos de ver por sí mismos los santos restos del apóstol incansable, del discípulo amado que había recogido, en vida, de los dulcísimos labios de su divino Maestro la sublime doctrina que, llevada en alas de la sencilla parábola por toda la tierra, había de regenerar el mundo: todos anhelaban

(1) Libro de los *Caballeros Cambeadores*, ya citado.

(2) *Historia Compostelana.*—Villodas—*Analisis de las antigüedades eclesiásticas de España.*

(3) Se dió principio á dicha basílica en 11 de Junio de 1078 bajo la dirección del maestro D. Bernardo y de Rotberto. Vease la *Historia y descripción arqueológica de la Basílica Compostelana* por el Arcediano de la misma Don José María Zepedano Carnero.

con vivas ansias visitar la tumba del humilde pescador de Galilea: todos querían, en suma, elevar sus preces ante el sepulcro que contenía el yerto cadáver del ilustre mártir transportado de Jope á Iria en la barquilla gallardamente cantada con cadenciosa lira por el Horacio español. (1)

Así es que estas supremas ansias y estos fervientes anhelos traían á la naciente Compostela legiones de peregrinos que, semejantes á las olas del mar, se empujaban las unas á las otras. Formaban el pintoresco contingente de tales peregrinaciones, persas, africanos, húngaros, alemanes, flamencos, franceses é italianos de diferentes sexos y edades, de distintas clases y condiciones; pero á quienes la piedad sometía bajo la rasante de igualitario nivel. Era tal la afluencia de romeros, que muchos se disputaban la dicha de pernoctar en la santa basílica para asistir á las misas que se celebraban durante las primeras horas de la mañana; y de aquí provino la costumbre de orear las naves del templo, por medio de braserillos con incienso y después por medio del incensario grande, ó del *botafumeiro*, á fin de depurar el sagrado recinto de los miasmas originados por la aglomeración de tanta gente.

Esta inmensa concurrencia de peregrinos tornó, andando el tiempo, en ciudad populosa el microscópico burgo de Solobio y la agreste finca de *Libredón;* obligó á ampliar el recinto de la primitiva basílica construída por Alfonso el Casto y reedificada por D. Alonso III; influyó en la translación de la Sede Iriense á Compostela, decretada en tiempo del Papa Urbano II; y motivó por último que Pascual II concediese, en 31 de Octubre de 1104, el uso del palio á D. Diego Gelmirez (2) quedando por tanto convertida la antigua Silla episcopal en Silla metropolitana.

¡Don Diego Gelmirez! He aquí el egregio prelado, cuya figura gigantea se destaca personificando, durante parte del siglo XII, los destinos, las aspiraciones y la grandeza de la región gallega, la cual llegó á alcanzar entonces una cultura y un bienestar mayores que las demás regiones de la península.

Dotado de un talento conspicuo y penetrante, de un alto sentido religioso y político, de una energía y de una entere-

(1) Fray Luis de Leon.

(2) *Historia y descripción arqueológica de la Basílica Compostelana*, por D. José María Zepedano Carnero

za de carácter á prueba de contrariedades, y de un entusiasta amor á Galicia, en el cual no fué por nadie excedido, acometió empresas y puso á contribución iniciativas que hicieron fuese su pontificado el más glorioso y fecundo que registran los anales eclesiásticos de Compostela.

A este eximio prelado se debe en gran parte que las fiestas del Apóstol Santiago revistiesen la pompa, suntuosidad y magnificencia que las ha distinguido hasta aquí. Perseguía con loable celo y con incansable afán el objetivo de ajustar los ritos, ceremonias y prácticas de su Iglesia á la pauta de los ritos, ceremonias y prácticas de la Iglesia Romana. De aquí que el culto se practicase bajo el pontificado del gran Gelmirez en la Iglesia Compostelana con un esplendor y un brillo hasta entonces desconocidos, singularmente durante las fiestas del Santo Apóstol, objeto predilecto de su devoción y de sus entusiasmos. En su tiempo instituyó D. Alfonso VII (que había sido bautizado primero y ungido después por D. Diego Gelmirez) la procesión consagrada á solemnizar la festividad del Apóstol, de cuyos detalles y pormenores haremos gracia á nuestros lectores, en atención á haberla descrito minuciosamente un distinguido escritor (1) en un notable trabajo, que pueden en todo caso consultar.

Además de la procesión, se celebraba en la suntuosa basílica la misa solemne, con asistencia de los peregrinos, que la oían poseídos del santo fervor que atesoraban sus almas, exaltado además por la grandeza del acto religioso, por los recuerdos que evocaba, por lo fastuoso de las ceremonias, y por lo distinguido y selecto de la concurrencia.

¡Que bello y comovedor espectáculo no ofrecería entonces el festival religioso!

Figúrense por un momento nuestros lectores el amplio recinto de la suntuosa basílica cuajado de peregrinos que, con las esclavinas sobre los hombros, calzadas las sandalias, y apoyados en los bordones, se mantenían de rodillas durante toda ó la mayor parte de la misa: las nubes de oloroso incienso que subían en lentas y caprichosas espirales por las espaciosas naves hasta besar el techo de las mismas: las dulces melodías del órgano y de los cantos religiosos que eran repercutidas por las esbeltas bovedas que coronaban el crucero del templo; la luz que se deshacía en irisados matices al atravesar los primorosos rosetones y al posarse ora

(1) Villaamil y Castro—*Ilustración Gallega y Asturiana.*

en el altar resplandeciente, cual ascua de oro, ora en las preciosas vestimentas de los prelados y de las dignidades mitradas, ora en los arcos de medio punto, en cuya penumbra se destacaban yacentes estatuas, tendidas sobre lechos de granito: y allá en el fondo del santuario hallábase el venerable Prelado Compostelano que envuelto en su pluvial capa recamada de oro y tachonada de luciente pedrería, se encaraba, radiante de júbilo, al pueblo y le bendecía, al terminar el santo sacrificio, provocando, con tal acto, transportes del más férvido entusiasmo religioso: imagínense todo esto, repito, y concluirán por convenir en que un festival de esta naturaleza era digno, en suma, del excelso Apóstol al cual era consagrado y de aquellos tiempos, en los cuales la piedad y la devoción alcanzaban tan alto nivel.

Esta afluencia de peregrinos y romeros originó, además, la celebración de ferias que coincidían con la festividad del Santo Apóstol, Instalábanse, en tanto duraban las fiestas, comercios, platerías y establecimientos de tráfico, además de los que radicaban constantemente en la ciudad compostelana, á la sazón emporio del comercio y las artes gallegas, en tanto grado, que cuando en el siglo XII trató D. Alfonso VII, en cierta ocasión, de deshacerse de un precioso cáliz que adquiriera del arzobispo de Toledo, le envió á vender á Compostela por considerarla el punto en que tendría mejor comprador. (1)

Con varias mercedes así espirituales como temporales fueron favorecidas estas fiestas por los pontífices y por los monarcas, siendo las más principales la concesión de la gracia del jubileo, y de las ofertas de 1000 escudos de oro (41.102 rs. de nuestra moneda) y de 500 ducados de plata (8.272 rs.)

Fué concedida la gracia estraordinaria del *jubileo* á la Sede Compostelana en 1122 por el pontifice Calixto II y confirmada por varios sucesores del mismo, singularmente por Alejandro III, quien expidió al efecto en 25 de Junio de 1179 una bula, la cual se fija en la puerta de la catedral de Santiago con la anticipación necesaria para conocimiento de los fieles. Tiene lugar la aplicación de esta gracia cuando la festividad del Apostol cae en domingo, por haber sido éste el día en que llegó á Iria la barca que conducía el cuerpo san-

(1) Villaamil y Castro—*Cultura de Galicia en el siglo XII.—Historia Compostelana.* Libro III cap. 8 (pagina 488.)

to del hijo del Zebedeo. La oferta de los 1000 escudos de oro fué debida á la piedad y munificencia de Felipe IV. Queriendo este monarca demostrar su reconocimiento y el de sus reinos al Apóstol Santiago por las mercedes del mismo recibidas, expidió en 17 de Julio de 1643 una real cédula, que es la ley 15, título 1.° de la Novísima Recopilación; en la cual cédula se preceptúa que los reinos de Castilla envíen, por vía de reconocimiento al *Patrono* en cada un año, *mil escudos de oro del dinero que distribuían por su mano.* A imitación del rey D. Felipe IV, los Reinos de León y Castilla, reunidos en Cortes, acordaron en 1646 hacer en cada año un donativo de quinientos ducados de plata, cuyo acto mereció después la aprobación real (2) Un representante oficial del gobierno va oportunamente á hacer la presentación de estas ofertas.

Tales eran las fiestas que celebraban nuestros antepasados en honor del glorioso Patrono de las Españas, que no diferían en lo sustancial de las que vienen teniendo lugar en el presente momento histórico, mediante el culto mantiene su pristino brillo y se celebra aún la gran feria, pero la concurrencia de romeros y devotos ha descendido de un modo considerabilísimo. Atribúyese esto á que el nivel de la fe ha bajado cuanto ha subido el de la incredulidad y el de la indiferencia en materias religiosas.

Nosotros discrepamos empero de esta opinión; antes bien creemos que la desaparición de las peregrinaciones y la falta de concurrencia á estos festivales piadosos y en otro tiempo tan renombrados, obedecen más que á las causas apuntadas, á esa afición desmedida que se siente en nuestra infortunada España por todo lo que trasciende, así en el orden profano como en el orden religioso, á extranjero, con detrimento de la predilección que debieran inspirarnos las cosas de nuestro país. El absentismo, que impulsa á algunos á gastar en el extranjero una gran parte de lo que el país natal les ha brindado con largueza, ha concluido por inficionar á nuestras clases acomodadas. El amor de éstas al país en que nacieron no pasa de un proteccionismo platónico que se satisface con la elevación del arancel: esto no empece, sin embargo, á que esas mismas clases vayan á buscar en el extranjero todo lo que necesitan para su subsistencia, para

(2) *Historia y descripción arqueológica de la Basílica Compostelana*, por Don José María Zepedano y Carnero.

su comodidad y para su regalo. En efecto, nuestros aristócratas, nuestros banqueros, nuestros capitalistas, nuestros propietarios y hasta nuestros burócratas veranean allende el Pirineo y allende el Pirineo se procuran lo que pudiera ofrecerles la industria nacional: es más, su acentuado extranjerismo les lleva hasta el extremo de buscar fuera del país natal institutrices para sus hijas.

Exactamente lo mismo que en el orden económico, sucede en el religioso.

Nuestras clases acomodadas prefieren ejercitar su piedad y sus liberalidades en santuarios extranjeros á hacerlo en santuarios nacionales. Dos tenemos de merecida fama en toda la cristiandad: la Basílica Compostelana y el Monasterio de Monserrat. Pues bien, nuestros devotos menosprecian estos últimos, los dejan en la más completa orfandad y organizan en cambio numerosas peregrinaciones á Lourdes, al santuario de la Saleta y á otros que radican en el extranjero.

He aquí la causa principal de que las fiestas del Apóstol Santiago, que se celebran en la época presente, no puedan parangonarse con las que se celebraban en épocas pasadas.

Necesario es que esas corrientes de devoción tornen á su primitiva fuente y se las dirija y encauce á los santuarios nacionales. El patriotismo y la religión así lo exigen. ¿Desoirán sus inspiraciones las gentes piadosas? ¡Quiera Dios que no!

Hemos concluido nuestro desaliñado trabajo, escrito sin pretensiones y sólo con el objeto de tratar bajo el punto de vista histórico las fiestas del Apóstol Santiago, y de procurar en la medida de nuestras débiles fuerzas que vuelvan á adquirir algo del esplendor que tuvieron en edades pasadas.

José Antonio Parga y Sanjurjo.

Santiago, Julio de 1887.

IDILIO

Del Miño en la corriente
Su imagen contemplaba,
De un álamo á la sombra,
Lindísima zagala.

Muy triste está la niña,
Muy triste y acuitada.
¿Será que tiene celos?
¿Será tal vez que no ama?

Dos tórtolas á poco,
Dejando la enramada,
Vinieron á posarse
Del álamo en las ramas.

Dulcísimos arrullos
Mostraban bien sus ansias:
Tocáronse sus picos;
Cruzáronse sus alas.

¡Quién fuera tortolilla!
¡Se besan y se abrazan!
Exclama la pastora,
Suspira y las espanta.

Felicio, que á tal punto,
Cantando se acercaba,
De rojas amapolas
Brindóle una guirnalda...

Las tórtolas á poco,
Volviendo á la enramada,
Tornaron á posarse
Del álamo en las ramas;

Y al son de sus arrullos
La niña alegre canta;
Que ya prendió en su pecho
De amor la viva llama.

M. MACÍAS.

SAN ESTEBAN DE RIBAS DEL SIL (1)

Álzase este convento en la margen izquierda del Sil, cerca del punto donde este río recibe las aguas del Cabe, provincia de Orense, aunque muy cerca del límite con la de Lugo, sobre uno de los más altos collados de la escarpada cordillera á cuyos piés ruge la corriente oprimida en angosto y profundo cauce. Asentado sobre la misma loma del cerro, tiene el convento dos fachadas laterales; una al Este, desde la cual se domina toda la cuenca del Cabe y la vasta

(1) Con verdadera satisfacción insertamos enla GALICIA el lindo y concienzudo trabajo del predilecto y más aventajado discípulo del ilustre historiógrafo Sr. D. Fernando de Castro, continuador de sus obras, autor de otras apreciabilísimas y distinguido catedrático de la Universidad de Sevilla, quien, á su rápido paso por Galicia, nos deja en él gallarda muestra de la admiración que le han causado los numerosos y todavía poco estudiados monumentos arquitectónicos de esta privilegiada región. Reciba por ello el Sr. Sales y Ferré nuestras más expresivas gracias como también su ilustrado hermano político Sr. D. Marcelo Macías quien no se ha hecho menos acreedor á la gratitud de los gallegos por su *Elogio al P. Feijoó* y por el interés que demuestra por todo lo que á Galicia se refiere.—**El Editor.**

meseta en cuyo centro se alza el castillo y pueblo de Monforte; la otra al Oeste, dominando el valle del Sil hasta cerca de la confluencia con el Miño. Así, los que bajan en el tren desde Monforte, por el valle del Cabe, columbran á larga distancia el convento por la dilatada y severa fachada del Este, como lo divisan por la opuesta y no menos extensa fachada del Oeste, los que suben desde Orense, á poco de haber salido de la estación de los Peares. Para visitar esta en otro tiempo morada de santidad, colocada entre el cielo y la tierra, hay que apearse del tren en la estación de San Esteban, pasar el Cabe por frágil puente, el Sil por un barco del país—dos troncos gruesos unidos por tablitas—y emprender luego la subida por estrecha y pedregosa vereda que culebrea por aquellos collados, ocultándose en los repliegues bajo espesos castañares, reapareciendo en las lomas por entre riscos y breñas, surcada á trechos por sonoras corrientes, que se despeñan y corren presurosas á confundirse con el Sil, y ofreciendo panoramas tanto más dilatados y grandiosos cuanto más se asciende por la alta y aguda sierra. A las dos horas de marcha, cuando ya el viajero se siente abrumado al peso de la fatiga, se llega al cercado del convento—fuerte muro de piedra erizado de tambores que ciñe el repliegue del lado oriental—se sigue subiendo hasta dar la vuelta á la cerca por el mediodía, se recorre una como calle entre el muro, á la derecha, y algunas pintorescas casas de piedra sombreadas de castaños, á la izquierda, y se desciende á una plazoleta, cuyo lado Norte ocupa la fachada principal del convento, y en el Oriental se levanta la portada de la Iglesia, flanqueada de dos torres greco-romanas.

Dos horas tardamos en ganar esta plazoleta, en la mañana del 10 de Julio del corriente año, y después de encargar la comida en casa de la Vizcaína y descansar breves instantes, con ese vehemente deseo que despierta el sacrificio anticipado, emprendimos el estudio del Monasterio, acompañados del señor cura párroco, persona muy atenta y de grata conversación. (1)

Considerado en conjunto, el Convento es una de las construcciones más vastas, sólidas y regulares de Galicia y hasta de España. Su planta es rectangular, teniendo su ma-

(1) Asistieron á esta excursión los Sres. D. Marcelo Macías, D. Sebastián Risco y D. Manuel Sales Ferré.

yor desarrollo del Este al Oeste. Ocupa casi el centro del rectángulo un patio cuadrangular, imponente por lo espacioso, espléndido por los tres elegantes cuerpos de construcción que lo rodean; de arquería apoyada sobre columnas dóricas, el inferior; de dintel, sostenido también por columnas, el central, y de ventanería arqueada apoyada sobre pilastras, el superior. Su estilo es del renacimiento; la época de su construcción, siglos XVI y XVII. Al rededor de este patio, en los pisos primero y segundo, á los cuales se sube por ancha escalera de piedra, del pasado siglo, se abren las celdas, una de las cuales ocupó el P. Feijoó el tiempo que pasó allí de sus estudios. En el corredor occidental del piso primero se encuentra embutido en el muro un frontón, en cuyo tímpano está representado el apostolado en medio relieve, achicándose las figuras gradualmente del centro á las extremidades. Horizontalmente, está dividido en tres cuerpos. Ocupan el central, Jesucristo, S. Pedro y S. Pablo, y, cinco apóstoles cada uno de los laterales. Delgadas columnas separan los tres cuerpos entre sí, y decoran los vértices de ambos lados. Las figuras, que están de pie, son desproporcionadas y de labor muy tosca, aunque no carecen de cierta expresión de calma y serenidad. Tienen las caras grandes y alargadas; el pelo generalmente partido, y los pies ya desnudos, ya calzados en sandalias apuntadas. Solamente el Cristo lleva corona, decorada de almenas, y un apóstol la cabeza cubierta con una especie de gorro. Contra la común creencia, San Pedro tiene abundancia de pelo, en tanto que San Pablo aparece calvo. Nimbos circundan todas las cabezas, discoides los de los apóstoles, cruciforme el del Cristo. Tiene éste el antebrazo de la diestra levantado y extendidos el índice y el medio, y sostiene con la siniestra una cruz griega, de largo astil, decorada con cinco piedras; una en el centro y cuatro en las extremidades. La tenia superior del frontón describe un semicírculo encima de cada cabeza, resultando una doble línea oblícua lobulada. Descansa el frontón sobre un friso decorado de arquería semicircular apeada sobre cortas y gruesas columnas, cuyos capiteles, poco menos largos que los fustes, ostentan por todo adorno volutas torpemente esculpidas. Por todos los caractéres apuntados, este apostolado es obra muy arcaica, perteneciente sin duda á la primitiva iglesia del monasterio, y que no creemos pueda datarse más acá del siglo IX. Dado lo raras que son las obras de este tiempo, no ya en la provincia de Orense, donde proba-

blemente será esta la única, sino en toda España, aconsejamos al cura-párroco de S. Esteban que vele por la conservación de este monumento, empezando por hacerlo desencalar para que puedan sacarse fotografías ó dibujos de él, que llenarán un hueco en nuestra historia del arte y de la civilización.

En el ala derecha del edificio se suceden otros dos patios, por los cuales se pasaba á la sala capitular, refectorio y otros departamentos, hoy arruinados. El primero de estos patios, si bien más pequeño que el Central, es, por su mérito artístico, la parte más interesante del Monasterio.

Su planta es casi cuadrada—14 arcos por 12—y consta de dos cuerpos: románico puro, el inferior, y ojival del último período, el segundo. Claro está que todo el interés se concentra en el cuerpo inferior, no sólo por su mayor antigüedad respecto del otro (siglos XI y XII), sino por la belleza de su construcción, consistente en linda arquería redonda apeada sobre esbeltas columnas gemelas de capiteles muy prolongados, decorados todos con las tradicionales volutas y algunos con figuras humanas y de animales. Conforme al gusto de aquel tiempo, los capiteles difieren todos por su ornamentación. Ostentan los arcos archivolta ligeramente indicada, encima de la cual corre una imposta curvilínea. No cabe duda que esta arquería es más antigua que la de San Francisco de Orense de arcos apuntados, más importante, por su buen estado de conservación, aunque menos suntuosa que los vestigios que quedan en la iglesia de Sar en Santiago, del mismo gusto y tiempo que la del patio de la catedral de Tarragona, y por tanto, lo más importante que existe en Galicia y uno de los primeros monumentos románicos de España. Deslúcenla algún tanto los enormes machones que le añadieron, para sostener los arcos formeros del techo, al construir, al final del siglo XV, el segundo cuerpo ojival, adornado de pináculos y coronado de crestería flamígera. El otro patio, llamado de los obispos, por haber estado allí enterrados los nueve monjes que alcanzaron aquella dignidad y cuyas cenizas se recogieron después en dos urnas que se hallan hoy en el retablo mayor, es una bonita obra del siglo XVI. Consta de dos arcadas superpuestas, apoyadas sobre columnas dóricas, en el estilo greco-romano.

Por esta ala se pasa á la Iglesia, construcción independiente, que ocupa como el tercio oriental de la fachada del convento, con el que comunica por el lado Norte. Su planta

es un rectángulo, terminado en tres ábsides y dividido en tres naves de cuatro tramos iguales los tres del pie, mayor el inmediato al presbiterio y que corresponde al transepto. Su estilo es románico, hasta el arranque de los arcos; ojival, del último periodo, en el techo. Esto mismo se observa en los ábsides laterales; mas no en el central, que es totalmente románico. Las seis columnas del pie constan de pilar cuadrado, adornado de media caña en cada cara; las cuatro del transepto son cruciformes, con medias columnas en las cuatro caras y delgados fustes en los cuatro ángulos. Coronan estas altísimas columnas largos capiteles, ornamentados, algunos de ellos con figuras de hombres y de animales. Profusión de nervios, terminados en canto de cuchillo, serpentean por el techo, el cual, así como las ventanas rasgadas de los muros, debe ser una restauración de fines del siglo XV ó principios del XVI. El ábside central es de singular hermosura, ápesar de la mucha que le quita el gran retablo de tres cuerpos horizontales que cubre todo el testero, y en el que solamente son de notar los dos tramos del cuerpo inferior donde se hallan representados los martirios de una Santa y de un Santo.

Retrocediendo al convento y pasando al ala de la izquierda, mucho más pequeña que la que llevamos descrita, hállanse, en la parte inferior, vastísimas salas de regular anchura y longitud igual á la del área del monasterio de sur á norte, de muy espesos, sólidos y bien construidos muros, techadas de bóvedas de medio cañón y destinadas probablemente á bodega, depósito de granos, de leña, y quizás, las subterráneas, á cuadras para los ganados. En los dos cuerpos superiores se suceden series de celdas, cómodas, espaciosas, bien ventiladas y alumbradas.

Tal es el convento por dentro; falta ahora recorrerlo al exterior. Nada de particular ofrecen su fachada, ni la portada de la iglesia, construcciones del siglo XVI, pero modestas y labradas con poco esmero. Entrando en el cercado por una puerta abierta en el ángulo sur de la iglesia, llama por de pronto la atención la cornisa que corre á lo largo del muro del templo, compuesta de lindos canecillos, que sostienen pequeños arcos con apuntamiento. Pero la gran sorpresa se recibe cuando, adelantándose hasta el final del muro, se llega á la vista de los tres ábsides, que, por la proporcionada distribución de las masas, por la corrección de las líneas, por sus esbeltísimas columnas coronadas de capiteles cónicos,

por sus graciosas ventanas molduradas, y sobre todo, por aquella incomparable cornisa de arcos redondos apeados sobre canecillos labrados, con caprichosas labores en los espacios cerrados por los arcos y al pie de los canes, son de lo más bello que tenemos en España en el orden románico. Avanzando aún más al Oeste y descendiendo un poco en dirección Norte, se ofrece un panorama encantador: á la derecha, la espaciosa y severa fachada occidental del convento, taladrada de pequeñas ventanas cuadradas; á los pies la huerta, que desciende por una serie de gradas á modo de gigantesca escalera, tapizada de verdura de variados tonos y surcada de cristalinas y retozonas corrientes; á la derecha, la cerca, vestida de yedra, y bosques de castaños sin fin. Análoga á séta es la opuesta fachada oriental, sin otra particularidad que la de tener tres puertas de arco redondo que dan entrada á las salas subterráneas, ya mencionadas, y cuatro grandes arcos, formando á modo de pórtico, en el ángulo norte. Por este último lado, tiene el monasterio poca altura, y en él se encuentran la cocina, en buen estado, con el hogar en el centro, al uso de aquel tiempo, los hornos y otros departamentos, de los que no quedan mas que fragmentos de muros

Vese, por esta sucinta descripción, que el convento de San Esteban de Ribas del Sil contiene ejemplares de todos los órdenes y casi de todos los períodos del arte cristiano. El apostolado es latino, del siglo IX; los ábsides, pilares y muros del templo y el cuerpo inferior del segundo patio, románicos de los siglos XI y XII; el techo del templo y el segundo cuerpo del referido patio, ojivales, de fines del XV á principio del XVI; los otros dos patios, grande y pequeño, greco-romanos, siglos XVI y XVII, y la escalera principal, del siglo XVIII. Esta clasificación de las construcciones nos permite reconstruir á grandes rasgos la historia del convento. Hasta el siglo XI, hubo éste de consistir no más que en una pequeña capilla con algunas chozas al rededor. Durante los siglos XI y XII, se levantaron el actual templo y el primer cuerpo del segundo patio, y en este estado continuó hasta fines del siglo XV, en que, con ocasión de restaurarse el templo haciéndose nuevos los arcos y las bóvedas, se agregó al patio el segundo cuerpo. Pero la época de las grandes construcciones y que señala el mayor florecimiento de la Comunidad, fueron los siglos XVI y XVII, en los que se cuadruplicó el convento, dándosele la misma for-

ma que tiene hoy. Asombra la riqueza y poderío á que debió llegar la Comunidad en este tiempo, á juzgar por la magnitud y el lujo de aquellas obras. Esta opulencia hubo de mantenerse por lo menos durante la primera mitad del siglo pasado, de la que datan la escalera y algunas restauraciones. Con posterioridad á este tiempo, nada se encuentra, lo cual prueba que aquí empezaría su decadencia.

Con lo dicho queda también señalado el mérito artístico de este Monasterio. El apostolado es interesantísimo, quizás único en España; los ábsides superan en labor, riqueza y gusto á cuantos hemos visto de estilo románico, y el patio no tiene semejante más que el de la catedral de Tarragona. Importantísimo es también, por lo espacioso y espléndido, el patio grande, dado que en España, desnaturalizado el renacimiento por la dirección de Herrera, apenas tenemos monumentos de verdadero arte clásico, que tanto abundan en Bélgica, Alemania y otros países. Por estas buenas partes, estimamos de interés no ya regional, sino nacional, la conservación de este monumento, y excitamos el celo de la Comisión de Monumentos de Orense para que se fije en él, lo estudie, y, si el juicio que ella forme coincide con el nuestro, tome fotografías, levante planos, escriba la correspondiente Memoria, y lo remita todo á la Real Academia de bellas Artes de San Fernando, solicitando la declaración de monumento nacional.

A las tres de la tarde terminamos nuestra tarea; con profunda gratitud nos despedimos del Sr. Cura, que estuvo con nosotros sumamente complaciente y obsequioso, y nos trasladamos á casa de la Vizcaína, cuya hija Celsa nos sirvió con suma amabilidad y gran limpieza una suculenta comida. A las cuatro emprendimos la bajada, que efectuamos por atajos y á campo traviesa, salvando en una hora la distancia hasta el Sil; y después de breve descanso, esperando al barquero, repasamos el río, subimos á la Estación y tomamos el tren para Orense, quedando por todo extremo complacidos de excursión tan amena y aprovechada.

MANUEL SALES FERRÉ.

Orense 10 de Julio de 1883.

Indicaciones acerca de la Prosodia y Ortografía gallegas.

———

Señor Director de la Revista GALICIA.

Muy señor mio y de todo mi aprecio: En el número 6.º de su recomendable publicación aparece una carta suscrita por A. Marsal que, si bien dirigida á D. J. Barreiro Meiro, alude demasiado á otra mía—contestando á la de este señor en *El Ciclón*, periódico de Santiago—y aun me atribuye en aquélla, afirmaciones que debo rectificar públicamente, si V. tiene la amabilidad de permitir que también eche yo mi cuarto á espadas contra las aseveraciones del distinguido escritor de *Rucolagna* (Galitzia)

Empieza el señor Marsal por decir que, gracias á haber conservado su *Calepino* de Salas ha podido traducir algunas palabras del primer libro que en gallego llegó á sus manos; que posteriormente al tropezar con la voz *Jan*, escrita con X, se vió perplejo para comprender la identidad de ambos vocablos: caso el más natural, añadiré por mi parte, á no ser que se haya empeñado en estudiar, como no lo espero de su talento, sin ajeno auxilio la pronunciación de cualquiera de

las lenguas ó dialectos. Si hubiese consultado la *Gramática Gallega* del Sr. Saco y Arce, corresponsal de la Real Academia Española, hubiera visto que la *x* representa siempre en la escritura gallega el sonido de la *ch francesa*, y yo añadiré que la *j* queda siempre para el de dicha consonante en castellano. Con esta advertencia, tan sencilla, podrá quedar el aparente neófito completamente enterado; no tendrá que romperse en ningún tiempo la cabeza contra el *Calepino* de Salas para leer el gallego, y, lo que es más, para escribirlo, como podrá hacerlo ahora, sin que las dudas le molesten y sin tener que consultar, ni una sola vez, los diccionarios acerca de las palabras que habrán de escribirse con *j* ó con *x*.

Dice también, el Sr. Marsal, que los diccionarios más modernos de las lenguas neolatinas y sus Academias respectivas así como reputados gramáticos, salvo contados disidentes, tienden á fijar la etimología de las voces para su mejor estudio y para hacer constar la influencia ejercida en las lenguas por las distintas razas que en lejanos tiempos ocuparon los territorios en que aquéllas se hablaban; que la filología es el mejor auxiliar de la Etnografía y que, por consiguiente, será *ventajoso* conservar las radicales de las palabras gallegas.

Los gramaticos disidentes, ó sea, los partidarios del elemento fonético, no niegan ninguna de las excelencias de la etimología; lo que pretenden es, universalizar la facilidad y la brevedad en la trasmisión de las ideas y sentimientos por medio de la escritura: y, en cuanto á lo de ser *ventajoso* conservar las radicales de las palabras gallegas para poder hacer el estudio filológico, tampoco se niega; lo que falta probar es que sea *necesario*. El ilustrado escritor de Rucolagna olvídase de que la filología no necesita para realizar su misión, ni la estabilidad de las radicales, ni el estacionamiento de los idiomas; sus apariencias de *tradicionalista* aviénense perfectamente con el *Progreso* y hasta con la *Revolución* que resulta del inconsiderado é inatajable afán de independencia y de variedad que á todos, cual más, cual menos, nos domina. Lo que la Filología necesita, á imitación de la Historia, es la no solución de continuidad cronológica, y, por lo tanto, nosotros dentro de la libertad, que ha sido siempre compañera del progreso de las lenguas, estamos obligados tan sólo á conservar el recuerdo, si cabe decirlo, de la figura, materia y cantidad de cada eslabón de los que forman la ca-

dena histórica de cada palabra así como de la materia, cantidad y figura del que le sustituya en cada época. ¿No es verdad, que la moda fué la que colgó leontinas en nuestros relojes y, á pesar de haber variado los elementos de aquéllas, no desconocemos los elementos y figura de las antiguas metálicas cadenas de que colgaban los relojes de triple caja, para bolsillo? ¿No es verdad que fuera pretensión vana, querer fijar por medio de letras radicales, la etimología de la palabra *perros* de nuestra moneda de cobre? En resúmen, hasta ahora, que yo sepa, no se ha demostrado, dentro ni fuera de España, que el estudio de la etimología tenga su base en el de los radicales de las palabras: equivaldría á confundir la totalidad de los elementos de una ciencia con los de una de sus partes. (1)

Cualquiera que no conozca al de *Rucolagna*, juzgárale de poco liberal al ponerse enfrente de el elemento *democrático*, que es el que disfruta fueros de soberanía en el lenguaje, é impone de ordinario sus inapelables mandatos á encopetados académicos, redactores de diccionarios, aunque clamen en el desierto contra corruptelas y abusos, en defensa de lo tradicional en los idiomas cultos.

Dice, el Sr. de Marsal, que de no adoptarse el sistema *etimológico* habría necesidad de acudir al *fonético*, del cual me declara partidario, (previas algunas frases muy galantes que, por serlo, le agradezco) á causa de mi citada carta al *Ciclón* de Santiago. Le autorizo á que la inserte, si gusta, en su Revista, para que se vea hasta donde rindo culto á la *etimología* á pesar de mis convicciones acerca de lo que para el porvenir de los idiomas representa, como elemento de cultivo, el *fonético* con preferencia al *etimológico:* atletas son, ambos, de los cuáles el más hábil hará caer al vencido sin que, para el triunfo, se haga necesario el que lo mate. Si cabe otra comparación, diré, que los entusiastas de la *Jota* (baile) son compatibles con los de la *Muiñeira*, pero ésta es, indudablemente, más propia para ser bailada por gallegos, sin reparar, en que lo verifiquen con modificaciones en el traje típico de cada región gallega ó al compás de música que ya no es de gaita; inevitables alteraciones que se semejan, y no poco, á las etimológicas y á las fonéticas. No es, por tanto, radical como el de *Rucolagna* presume la pretendida reforma de la ortografía gallega, ni para verificada de repente;

(1) Véanse los trabajos de Max Müller, Bopp Grimm, etc.

pues, perfectamente conoce dicho señor, que progresar no es lo mismo que ir de prisa.

No hallo razón para que Marsal mezcle mis afirmaciones ortográficas con las del Sr. Z. R. traductor de la Historia de Felipe II por Watson, porque, fuera del caso concreto de la X no he dicho cosa alguna acerca de cuáles son las reformas fonéticas que acepto. Mejor fuera citar, entre otras, la que la Academia introdujo al llamar *ere* á la *r*, (como en su día habrá de llamar *gue* á la *g*); la de aliviar á *Fharaón* del peso de la *h* y la de volver á *Jenaro, Jefe* y *Jerónimo* la *J* que el picarillo uso les había arrebatado, sin que por virtud de esta travesura hubiese desaparecido la filiación filológica de tales palabras, ni aun para los que pretenden curarlo todo con la terapéutica del *Calepino de Salas*.

Estoy conforme con la censura que dirige el citado escritor contra los que no adoptan un plan científico para escribir el gallego, lo cual es compatible con la libertad, nunca reñida con la verdadera ciencia. Rehuyo citar nombres propios; el fallo de la posteridad, seguramente habrá de ser más imparcial que el de los contemporáneos, quiénes nos *bastamos* y *sobramos* (como diría Moratín) para ridiculizarnos recíprocamente. (a)

Dejo á un lado los párrafos del comunicado que no se refieren á mi personalidad; me concretaré á lamentar que no les convenza, al Sr. Marsal y algunos más, la razón alegada por mi antiguo amigo y notabilísimo discípulo (de los dos años de Cánones) en la Universidad compostelana, Saco y Arce, autor de la Gramática gallega que con *amore* ha impreso, accediendo á mis ruegos, el muy ilustrado tipógrafo y patriota gallego, Soto Freire, de Lugo. (b)

Aquel humanista, con el cual estuve siempre conforme en procurar contribuir á dar fijeza y esplendor al dialecto, cree que teniendo la X ocho fuentes diversas etimológicamente, sería exagerada pretensión la de fijar con seguridad la etimología de cada palabra y, muy reprensible, añadiré,

---

(a) Véanse los números 10 y 11 de la notable Revista *Galicia Humorística*.

(b) Alguna vez (más de treinta años ha) hemos discutido Saco y el que suscribe con el señor don Francisco Javier Rodríguez, bibliotecario de la misma Universidad á quien hemos facilitado varios datos para el primer diccionario que dicho señor legó al dialecto, cuando, ni soñar podríamos que éste hubiese de engalanarse tan presto con las riquísimas joyas de moderna factura, que hoy, dentro y fuera de España, avaloran la literatura regional gallega.

poner en tortura al escritor gallego obligándole á consultar á cada instante el diccionario, aun en la hipótesis de que pudiese aproximarse en perfección relativa al español de la Real Academia. (a)

Insisto en mi creencia acerca de la imposibilidad de uniformar las opiniones gramaticales de los escritores del dialecto: déjese pues, que cada uno emita la suya y acomode á ella la *Ortografía* y la *Prosodia*. Así y todo, no dejo de estar conforme con algunas apreciaciones del ilustre escritor señor Valladares, autor del último *Diccionario gallego* respecto á la no acentuación de los *artículos* que no son de dativo ó acusativo y de la *e*, *conjunción*. Sin embargo, por mi parte hubiera de preferir, en materia de acentos, el circunflejo para los *artículos* de dativo y acusativo, y, los acentos graves y agudos para los sonidos de la respectiva índole, según los subdialectos; pues la *é* cerrada de los unos es *è* abierta en los otros. La *preposición á* puede seguir acentuándose como en castellano y, motívalo más, la necesidad de discretarla, en el dialecto, de los casos en que tiene valor de artículo, lo cual no ocurre en el idioma. A imitación de éste, debiérase acentuar la palabra *máis* cuando es adverbio de cantidad. En cambio, no vemos que haya necesidad de conservar la *y consonante* haciendo oficio de letra *vocal;* sin duda por imitar, indebidamente, á la Academia Española.

Me parecen muy razonables las advertencias de dicho señor relativas al uso de los apóstrofos; pero no me explico que se asuste, como lo hace en un artículo del citado número de la revista *Galicia*, de que muchos escribamos *xusticia* cuando los portugueses escriben *justicia*. Más habría de asustarse si, andando los tiempos, llegasen á hallar estos estimables señores (que no brillan ciertamente por la fijeza y sencillez de su escritura) como signo de progreso el deslinde verificado por los escritores gallegos del respectivo sonido de la j y de la x y aun la escritura de las palabras *alleo, fillo*, y otras mil como dable nos ha sido á nosotros en los comienzos de nuestra literatura regional contemporánea. No se lastimaría el actual idioma portugués de recibir cariñoso auxilio de su hermano el gallego como no se desdeña el rico y armonioso idioma de Cervantes de aceptar las ofrendas con que á veces le brindan los dialectos.

La Prosodia adoptada recientemente por la Academia,

(a) Véanse las notas insertasal final de la presente carta.

fué discutida en el seno de esta asamblea cuándo en su biblioteca existían ya algunos trabajos míos en dialecto gallego, en los cuales iniciaba públicamente esta innovación, que á mis colegas gallegos recomiendo, por si gustan aceptarla ampliamente, ya que algunos principiaron á verificarlo, si bien con cierta timidez contraria al merecido homenaje que se merece la sencillez prosódica á que por brillante modo dió cima la citada Academia.

Continuémos, pues, escribiendo cada uno con la libertad que nuestra razón individual nos consienta, hasta que el *uso* forme ley bastante para poder tildar de discrepantes á los que *lo sean*. A un dialecto, ó idioma, que está en su infancia literaria, no podemos pedirle los atildamientos del adulto que disfruta fueros de virilidad y de mando.

Ésta es la humilde opinión del que suscribe y, se lamenta, con toda sinceridad, de no contar con algunos cuartos de hora para mantenerse en la brecha discutiendo en la medida de sus fuerzas, el referido problema ó, algún otro de los que afectar pueden á la honra y gloria de nuestra muy amada Galicia.

Anticípale las gracias por la inserción de la presente carta su muy afecto servidor

q. l. m. l. b.

José Pérez Ballesteros.

La Coruña; Junio 8 de 1888.

NOTAS EN CONFIRMACION DE LO ARRIBA DICHO

Chamuscar, usado en el ANTIGUO CASTELLANO es hoy *Jamuscar*. *Xamúas* en gallego, se deriva, lo mismo que *jamujas* castellano, de *Zamucas* en VASCUENCE que á su vez se deriva de *zamar* bestia de carga.

El pequeño barco, de forma especial, usado en CHINA y conocido por nosotros con el nombre de *junco*, lo denominan *chun* en el celeste imperio; y *xunco* le apellidan los marineros gallegos.

En la provincia de MURCIA se llama *mampirlan* (y figura en nuestro diccionario de la lengua) lo que en Inglaterra conocen por *tymberline*.

Traducimos el *yaçemin* PERSA por la voz castellana *jazmín* y la gallega *xasmín*.

Son equivalentes en ÁRABE y en castellano: *zícaya*-jícara; *zinete*-jinete; *chavalí*-jabalí; *zacar*-jácara; *zorafa*-jirafa.

En ALEMÁN y en castellano: *garten*-jardín; *schirrmeister*-jilmaestre; *sau*-cerdo; y de ahí *saúrda* en gallego y *zahurda* en castellano.

Sartia en ITALIANO dió lugar á la voz *jarcia* en castellano y *xarcia* en gallego.

Con esto se ve que no basta etimologizar en latín (sobre todo con el Calepino de Salas). Aun en esta lengua conviene no olvidar las voces siguientes, que tomaron la inicial J con el sonido que naturalmente á esta letra corresponde y sin pedir permiso á ningun académico castellano ni gallego: *hyacinthus*-jacinto; *gamba* (pierna) jamba; *catellus*, perrito (cadelo en gallego) jateo en castellano; sùc supino de sugêre, diò lugar, antiguamente, á *xato* en gallego, que lo conserva, y á *choto* en castellano, convertido ya en Jato. *Zingiberi*-jenjibre; syringa-jeringa; *sapo*-jabón y xabrón en gallego; *sepia*-jibia y xibia; Hierosolymitanus-Jerosolimitano; Hiérónymus-Jerónimo y Xerómeno en gallego; Hielo (Gelo en el antiguo castellano) del latino gelu y, antes, del SÁNSCRITO *jal* condensar.

Chymus, latino (base de la palabra *Química*, procede de jumos (χυμος) GRIEGO; con el cuál, tiene analogía *zumo* en castellano y *sume* en gallego.

Chrysanthemum, latino, procede del GRIEGO (χρυσανθημον) *jrusanzèmon;* en español se transformó en *crisantemo.*

Gseránticos (ξηραντικος) GRIEGO; los latinos escribiéronlo *Xeranticus* que, en español, debe traducirse por *desecante.*

Por último, no reconocen derivación de dichas lenguas, las palabras GALLEGAS: *lixado*, manchado; *muxica*, chispita; *freixo*, especie de haba; *chantar* introducir ó clavar, voz gallega que conviene no confundir con *xantar*, comer de mediodía.

Todas estas fuentes etimológicas, y algunas más, habría que tener en cuenta para la debida aplicación de la G, J y X, al pretender formar un buen *Diccionario Gallego;* y no se evitaría, como se evita con el sistema arriba indicado, la frecuente y molesta consulta del mismo.

* * *

¡Boga, remero. boga,
Que en la cercana orilla
Me aguardan impacientes,
Con impaciencia generosa y viva,
Los nobles campeones
Que ir al combate ansían
A rescatar la patria
De esclavitud tan larga como indigna,
O á rendir como buenos
En la lucha sus vidas!

—

¡Boga! que ya los bravos
Guerreros se divisan,
Empuñando la lanza,
Rota mil veces antes que vencida.
¡Cuál saltan de su férrea
Armadura, las chispas
Que el orgulloso Febo

Arranca con sus rayos al herirlas!
¡Qué bizarra apostura
En la gentil cuadrilla!

—

¡Boga, boga, remero:
¡Aprisa, más aprisa!
Que estoy ardiendo en ansias
De tocar con mis plantas esa orilla,
De besar esa tierra,
Tierra hidalga y bendita,
Que vió correr, piadosa,
Los de mi dulce infancia alegres días;
Tierra de mis amores,
Que mi alma ver codicia.

—

¡Boga! que ya la aurora
Tan suspirada brilla;
Sus puros arreboles
Anuncio son del sol de la justicia.
Desmayar, cuando todos
A la lucha reñida
Gozosos se disponen,
Fuera negra traición y cobardía:
¡No mancharé mi frente
Con ese odioso estigma!

—

¡Boga! ¡Cuán lenta marcha,
Remero, tu barquilla!
¡Si al impulso corriera
De esta ansiosa impaciencia que me agita;
Si volara, cual vuela
Mi inquieta fantasía;
¡Cuánto hace que mi pecho
De mi patria los aires henchirían;
Que alegraran mis ojos
Sus risueñas campiñas!

—

¡Boga, que del combate
Ya la hora se aproxima,
Y es preciso que todos
Tranquilo el corazón, la frente altiva,
A la lucha marchemos

En apretadas filas,
Sin que arredrarnos pueda
De las huestes contrarias la perfidia.
¡Tenemos con nosotros
Dios y nuestra justicia!

—

¡Boga, boga, remero!
Ya la sién acarician
Blandas y cariñosas
De mi patria gentil las auras tibias;
Ya siento los guerreros
Gritos, que el alma excitan,
Y del clarín los sones
Cuya salvaje y bélica armonía
Suena hoy en mis oidos
Cual música divina.

—

¡Boga! ¡qué hermosa ondula
Nuestra bandera limpia!
¡Jamás bajo sus pliegues
Se albergue el miedo ruin ni la perfidia!
Trás ella marcharemos
Antes que espire el día;
Y ese sol refulgente
Que con sus tibios rayos la ilumina
Presenciará, gozoso,
El triunfo de Galicia!

—

¡Boga! ya me parece
Que con santa alegría,
Besa mi ardiente labio
El suelo de la patria bendecida;
Que al combate marchamos
Sin que el temor nos rinda...
¡Quédense los cobardes
Que prefieren vivir con ignominia,
Á rendir en la lucha
Por la patria sus vidas!

—

¡Boga! que ya se encuentra
Muy cercana la orilla,
Y desde aquí distingo

De los bravos guerreros las divisas;
Veo los estandartes
Que á la batalla guían;
Y siento de entusiasmo,
Y de amor y esperanza el alma enchida:
¡Brillante es la victoria
Con que el cielo nos brinda!

SALVADOR CABEZA LEÓN.

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA

Las dos campanitas de Nuestra Señora se han vuelto locas, y, una vez pasada la noche, se pusieron á alborotar, despertando todo el barrio antes que Dios hubiera dado el día. El viento balanceaba los farolillos de colores colgados de alambres á lo largo de la fachada, y la pobrísima capilla, bañada en la luz gratísima y tibia de aquella mañana de primavera, remozábase en el luminoso baño de sol y estremecía sus piedras grises con el loco repicar de sus dos campanitas que, á cual mas de prisa, se atropellaban en desatado repique, llenando el aire con las vibraciones rápidas y agudas de sus notitas broncíneas y bien timbradas, que se extendían en alegre espiral de sonidos por el fresco ambiente. Grupos de mujeres y chiquillos charlaban y correteaban por el atrio, cuya pequeña verja, abierta de par en par, estaba también

adornada de farolillos. Subía y bajaba la gente del miserable barrio por la cuesta, que no calle, á cuyos lados, monte arriba, se alinean mal sus *casiñas* pobres, con todas sus puertas y ventanas abiertas. En la fuente, cerca del atrio, charlan las mocitas, llenando las sellas, con los desnudos pies en el charco que aquella forma. Percíbese olor de montaña, perfumado de aromas silvestres, grato y refrigerante, y fuera del atrio, cerca de su verja, una piña de comadres, mayordomas de la fiesta, comentan la lucida procesión de ayer tarde, las libras de cera recaudadas para su esplendor, los santos que vinieron á hacer compañía á la virgen y á pasar el día de la fiesta en su capilla, en portátiles altares, sin desprenderse de las andas en que habían venido y en que, á la noche, volverían cada uno á su iglesia de la villa. Ni había faltado el patrón glorioso de Alminares, con su blanco caballo y su espada reluciente, famosa imagen sin la cual no puede haber fiesta lucida, porque "parece que llena la procesión„ y por cuya asistencia, con pendón y todo, habían pagado las mayordomas una onza, ni faltarían esta noche procesión y *monifates* de fuego, á más de los árboles de pólvora y del fuego de cuerda que sería quemado todo ello mientras la gente bailaba al son de la música de aficionados, brillante charanga organizada de mucho atrás por la gente del barrio, y llenando los huecos de la cual había hasta cinco verdaderos músicos, músicos de *contrata*, á los que había que pagar y dar de comer y beber. Para colmo de venturas, si el día de ayer había sido bueno, el de hoy prometía ser mejor por no haber señal alguna de lluvia próxima que desluciese la fiesta. El cielo tomaba parte en la alegría del barrio en cuyas casas se preparaba ya el *gaudeamus* extraordinario que ha de solemnizar el día; el caldo de grelos, la tartera de merluza (los que habían podido pagarla á dos reales) y la blanca fuente de arroz con leche. De los baúles y de los armarios habían salido los ternos nuevos, de paño oscuro, los sombreros de ala ancha de los domingos y los borceguíes del día de fiesta con que se engalanan los mozos, muy puestos de camisa planchada, corbata y cadena de níquel sujetando el grueso reloj de plata (el que lo tenía): y en un rincón, sobre el arca, habíanse tirado los pantalones remendados, las chaquetas destrozadas en el mezquino taller, las gorras mugrientas ó los sombreros enrojecidos, deformados, sucios, que usan á diario. Por cada puerta sale punzante olor á casa pobre, respiración fétida de la miseria, que el sol bebe y purifica con

sus rayos de oro, entrando por todas las ventanas abiertas, reflejándose en los sucios muebles y en la cal amarillenta y llena de polvo de las miserables habitaciones, y haciendo subir por la dorada escala de sus rayos el polvo que entrechoca sus átomos en aquella banda de aire luminoso.

El sol alhaga la tierra con una caricia del cielo, que son sus rayos, y las campanitas de Nuestra Señora, locas de repicar, mandan al cielo la alegría de la tierra. También está alegre la señora Sabela, annque, ni sabe cuantos años tiene, ni hay en su cuerpo cosa que no le duela. Levantóse como pudo de su jergón de paja, puesto sobre la desvencijada cama de madera en que hace muchos años dormía con su *difuntiño*, abrió el ventanillo, quitó el *tranqueiro* de la puerta, arrimóse á su quicio, y se deleitó respirando el ambiente de la mañana y sintiendo la blanda caricia del sol que producía en sus párpados cerrados, sumidos y arrugadísimos, una grata sensación de tibio calor. Allí se estuvo, prestando atento oído á los rumores todos, á la charla de las comadres en el atrio (frente por frente á ella) y al gorgoteo regocijado de la fuentecilla.—Trataba de conocer, por la voz, á los chicos y á los mozos que charlan á las puertas de las casas y de ventana á ventana, y por el modo de andar, á los que pasan por delante de ella, aunque esto último es más difícil por que muchos no están sino descalzos aún, y, por ende, no hacen el ruido más leve. Lo que sí escucha es el ruido de las campanas cuyas notas saltan por los aires, y que á ella le parece ver como gotas de luz que salen del pequeño campanario en brillante remolino. Y vuelta su memoria á los años pasados, en que vivía con su marido, rica y feliz, tiró, sin saber cómo, del hilo de sus recuerdos que fueron apareciéndosele uno á uno engarzados en él. Otros años, también ella tomaba parte en la fiesta con su sobrina, aquella pobre Angela tan desgraciada, la que ahora duerme en el cementerio, su alegría, la que siempre trabajó para ella mientras estuvo en este mundo, ¡Cuántas veces venía de cobrar la ropa que lavaba y le decía "tome estos cinco reales, mi madre!„ Angela siempre la llamaba madre. Nunca tenía un cuarto que no se lo diese. Pero Dios no deja á los pobres, y su comadre le había prometido darle un buen puchero de caldo para que ella comiese aquel día. ¡Dios se lo había de pagar! Iba, iba á casa de su rica comadre á buscar el caldo para calentarlo á tientas, como pudiese, después de oir misa, la misa y el sermón de Nuestra Señora...

Arrimada la vieja al quicio de su puerta, sentada en el escalón, sentía el sol acariciar con cariño la piel de sus manos, arrugada, arrugada como la corteza de un árbol, sus manos temblonas que dilataban sus músculos con el bienestar de aquel día en que comería bien y haría lumbre en su casa, como en vida de su marido, cuando no faltaba en ella nada de cuanto Dios crió y cuándo todos le decían "Manuela, si te hace falta una peseta, no dejes de pedírmela, que aunque pobre soy, yo la buscaré para tí„.... ¡Vaya por Dios! Ahora, ni siquiera se acercan á la puerta á ver si la vieja se ha muerto esta noche!

—¡Hey, mi viejecita! tomamos la luna, eh? Este *soliño* lo manda Nuestra Señora para el día de su fiesta!

—Ola, Catuxa, buenos días nos de Dios á todos. ¿Cómo se acordó de la pobre vieja?—dijo ésta á quién se paró delante de ella y en quién reconoció por su voz un poco gruesa, pero fresca y bien timbrada, como hija de su rica comadre.

Catuxa la habia visto desde lejos y venía á darle conversación. Le divertía mucho aquella vieja arrugadísima que, cuando bebía un vaso de vino, se alegraba enseguida y á cada paso soltaba un "¡Porreta!„ que á ella, á Catuxa, la hacía morir de risa. La vieja, por otra parte, daba lástima á la mocetona y no dejaba de comparar la abundancia de su casa (su madre tenia panadería) con la pobreza de aquel tugurio sucio y mal oliente donde la otra pobre tenía su madriguera. Hablóla de mil cosas: de la fiesta, de quién prestaba dos candelabros de plata, *manificos*, de cómo las mayordomas no cabían cada una en su pellejo de puro satisfechas de la procesión de ayer, y de lo que sería la fiesta de hoy, del número de santos que habían venido, de cómo se había de quemar el fuego de cuerda, del baile que á la noche se preparaba. Por fin, se despidió, y se fué como había venido, aun sin vestir la ropa de fiesta y con los pies metidos en unas malas lorchas. La calle se animaba cada vez más. Tendíanse al sol, sobre sillas, enmedio de la calle, los vestidos nuevos, formábanse nuevos corrillos, y el barrio todo bullía, pasando arriba y abajo, por delante de la vieja que lo escuchaba todo, risueña y complacida. La algarabia de las campanas había cesado, hacía rato, el sol tenía ya mucha fuerza, y la vieja se levantó, entró á tientas en su tugurio, palpó las paredes, fué corriéndose, guiada por sus manos, hacia un rin-

ción, y allí encontró un palo en el que, apoyada, salió á la calle. Iba por la comida á casa de su comadre, de la madre de Catuxa, para luego volver, tomar un poco de caldo de desayuno, encender fuego, y poner lo demás á calentar para, cuando volviera de misa, que no estuviese frío... Cerró la puerta y echó cuesta abajo, arrebujada en sus harapos, tentando el suelo con su palo, echando cuentas para el día. Aun de noche, cuando estuviera acostada, oiría los alegres sones de la música y los rumores del baile, y se dormiría alegre y confiada en Dios.....

Cuando llegó á casa de su comadre, la realidad sobrepujó á sus esperanzas, por que ésta le dió un redondo puchero lleno de caldo, bastante para que comiesen cuatro todo aquel día, amén de medio mollete: y cuando, agradecida y más contenta que unas pascuas, iba por la puerta fuera, con su puchero tapado con una parte del agujereado delantal, Catuxa, la fresca Catuxa, se le acercó sin que nadie la viera, y obligándola á hablar muy bajito, la dió á escondidas un mediano cazuelo en cuya salsa se bañaban, despidiendo aroma, sobras de la cena de anoche, pedazos de carne guisada. En casa de Catuxa eran ricos y podían cenar así á diario.— Nuevas gracias tuvo la vieja para la joven, que la condujo otra vez hasta la calle ó cuesta, en cuyo alto la capilla se bañaba en sol, las campanas repicaban de nuevo, se reunían los grupos unos con otros y se llenaba el atrio cada vez más. La vieja tuvo miedo de que álguien, tropezando con ella, le tirase la comida, y se arrimó á las casas, palpando con su bastón y llevando como podía la cazuela y el puchero. El peso de ambos era mucho, la cuesta pina, la fuerza de la vieja poca, y la distancia algo larga, mas sin embargo, con el favor de Dios iría llegando, mal como pudiese. Decíanla adiós algunos mozos en son de media burla "¿*Seique* vá muy cargada, mi vieja?„ Contestábales ella llamándoles por sus nombres "Adiós, Fulano„ y seguía adelante. Ya estaba cerca: dos puertas más allá estaba su casa, haría lumbre, dejaría todo muy *puestito* al rededor.....

—¡Ay, Dios mío!—Exclamó de pronto la vieja con angustia infinita. Y tambaleándose á consecuencia de un gran golpe que se dió en la cara, cayó de costado sobre una pierna; rompiéronse en el suelo los cacharros que llevaba, y sintió dos dolores punzantes y agudos, uno en la cadera izquierda y otro en el alma, por que, rotos sus cacharros, se quedaba sin comer.....

Había tropezado en el mástil de una rueda de pólvora que debía quemarse á la noche para dar mayor lucimiento á la fiesta, que anunciaban sin descanso las campanitas que sonaban allí enfrente, en el campanario bañado de sol.....

AURELIO RIBALTA.

UNA REFLEXIÓN

Nadie, creo, me negará que los gallegos, lo mismo que los franceses, tenemos la *h* aspirada en ciertos casos. Citaré algunos: *há, hé, hí, hó, hú,* en tono de risa, ó burla; *ahá, ahahá ò-hó, ò-hóla, u-hú, u-huruhú,* &. Y siendo esto cierto, ¿cómo el Sr. Pérez Ballesteros, persona de reconoeida competencia y cuyo saber respeto mucho, cómo, digo, en el cuentecillo que, bajo el título de "Custión gramatical„ dió á luz en el tomo 2.º de esta Revista, páginas 237 y 238, quiso escribir con *j* lo que, en mi concepto, debió escribir con *h*? Á bien que se trataba de hacer ver que ni la *g*, ni la *j* podían reemplazar á la entrometida *x* en la escritura de nuestro dialecto, asunto no muy estudiado todavía y en el cual la diversidad de pareceres nace en gran parte, si no me engaño, de la especie de afición, ó cariño, que, en fuerza de uso, han tomado, unos, á la *x*, otros, á la *g* y *j*; diversidad causa del desbarajuste que lamentamos y en el cual se ignora, sin

embargo, la verdadera ortografía de aquéllos y de éstos, pues que los primeros, al reproducir ó copiar escritos de los segundos, lejos de reproducirlos literalmente, lo que hacen es eliminar la *g* y la *j*, poniendo en su lugar la *x* y *vice versa* los otros. Yo, que me considero en el número de estos últimos, algo medité sobre el particular y no hallo grave dificultad en el reemplazo; pues, si bien, tropezando con la palabra *hinojo*, no quise comprenderla en mi diccionario, receloso de si debía ó no hacerlo, y hasta de escribirla mal, hoy, de comprenderla, sería escrita cual la dejo aquí. ¿Porqué?—Porque hinojo en gallego es *fiollo*, ó *fiuncho* y, si como interjección escribimos *¡hinojo!*, aspirando la *h*, y no *¡jinojo!*, usamos una voz enteramente castellana que, no gallega, sino castellanamente queremos pronunciar, lo mismo que alguna otra interjección no tan decente, sin que deba extrañarnos esto, al ver, como estamos viendo, efecto de la civilización, del roce con nuevas gentes, ó de lo que quiera, sustituídas diferentes voces gallegas por equivalentes castellanas, tanto que en mi país, por ejemplo, nadie ó casi nadie dice hoy *alcipreste, aramio, Bieito, cabaleiro, calivera, candeleiro, doce, enveja, fogo, froita, habaneiro, igreja* ó *ireja, saban, segredo*, &, sino ciprés, alambre, Benito, caballero, calavera, candelero, dulce, envidia, fuego, fruta, habanero, iglesia, sábana, secreto, &.

Las palabras, *sejún, tenjo* y otras muchísimas, de que hizo ostensión D. Francisco Mirás en su gramática, por más que sirvan á destruir lo que el Sr. Saco Arce indica en la suya, páginas 13 y 14, demasiado conoce el Sr. Pérez Ballesteros que son locuciones inadmisibles, asi en gallego, como en castellano, manera incivil de hablar, sólo disculpable en boca de gente zafia, lo mismo que la de aquellos que, por no pronunciar la *j* como los castellanos, queriendo hablar en su lengua, ni aún como los franceses y portugueses, cual debieran pronunciarla, hablando bien en gallego, emplean malamente la *g* y dicen: *extranguería, extranguero, galea, gamás, gabon, garabe, garana, Gosé, Guadalagara, Guan, Guanito, Guerusalen, Guesusa, gueta, guventú, ogalá* etc., en vez de extranjería, extranjero, jalea, jamás, jabon, jarabe, jarana, José, Guadalajara, Juan, Juanito, Jerusalen, Jesusa, jeta, juventú, ojalá etc.

No debemos, pues, fijarnos demasiado en si la gente ordinaria de tal ó cual, punto habla de esta ó de la otra manera, sino en lo mejor de cada localidad, y formar luego un

conjunto de reglas ó preceptos, á que hayan de atenerse todos los gallegos de alguna cultura, siempre que hablen ó escriban en nuestro dialecto. De lo contrario, no sólo, y con razón, se nos tachará de holgazanes, desaliñados y desunidos, sino que, convertida nuestra habla en pura algarabía, terminarémos por desacreditarla y hacer que de nosotros y nuestras muchas ó pocas aspiraciones, se burlen los extraños.

Ríanse dous mozalvetes,
(Un castelan y un gallego)
D'escapársell'á unha dama
Borriego, en vez de borrego,
Já, já, já, jé, jé, jí, jí
Era a risa d'o primeiro.
E hí, (1) hí, hè, hè, há, há, há
A risa d'o compañeiro.
Mai-l-a dama, que os escoita,
Dilles, sin mudar colores:
—"*Alce el dedo quien no caiga.*
Menos simpleza, señores.„

MARCIAL VALLADARES.

(1) La *h* se pronuncia aquí aspirada y suena como la *j* en castellano.

Á WALDO ÁLVAREZ ÍNSUA (1)

¿Sabedes d'un neno
Que, fai xa ben anos,
Deixando o corruncho
D'o lar galiciano,
Sin medo ôs furores
D'os mares atlántecos,
Fuxíu pr'as Antillas
N-a popa d'o barco
Que leva n-o ventre
Gallegos... e gado...?

Él tiña n-a testa
Proyeutos estranos,
E plás estrevidos
E intentos ousados...
¡O numen d'o artista
Y-as anseas d'o sabio!
Él tiña n-o peito
O ardente arrebato
Qu'é fogo n-a sangue
Y-é forza n-o brazo...
¡O tempre d'o mártir
Y-a fé d'o cruzado!
Él víu á unhas xentes
Cuspir n-os andraxos
D'os probes qu'emigran

(1) Leida por el Sr. D. Juan Manuel Paz, en el banquete popular ofrecido por la ciudad de Orense al director de *El Eco de Galicia* y Vice-presidente del *Centro Gallego*, de la Habana, Sr. Alvarez Insua. (N. del E.)

D'os ermos galáicos,
Fuxindo d'o fisco,
D'a peste e d'os rayos;
Sentíu de vergonza
Seu rostro queimado,
Y-a pruma collendo
De rabia tremando,
Ás rodas d'as prensas
Decote amarrado,
De noite e de día,
Sin folgos ceibando,
N-as follas d'os libros
Seu nobre antusiasmo,
Conxura d'a patrea
Ós heroes y-ós sabios
Y-a amostra, d'a Soevia
N-os feitos preceados,
Un pobo xigante
Á un pobo d'enanos!
¡Y-ond'antes, picouta
Y-afrenta y escarneo,
Ten hoxe Galicia
Un trono dourado!
¡Ben haxa ese neno
Que, fai xa ben anos,
Deixando o curruncho
D'o lar galiciano,
Fuxíu pr'as Antillas
N-a popa d'o barco
Que leva n-o ventre
Gallegos..... e gado!

Os necios, rubidos
D'o argullo n-os zancos,
Dirán qu'ese neno
Non fixo milagros,
Que non é un cacique,
Nin deu un estanco....
Mais nos, qu'ás virtudes
Y-ós xenios honramos,
Non hemos negarlle
Coroas a Ubaldo,
Que leva n-o peito
O ardente arrebato
Qu'é fogo n-a sangue
Y-é forza n-o brazo....
¡O numen d'o artista
Y-as anseas d'o sabio,
O tempre d'o mártir
Y-o ardor d'o cruzado!

ALBERTO GARCÍA FERREIRO.

9 de Xulio de 1888.

CUESTIÓN DE ACTUALIDAD

"El lenguaje es un organismo psicofísico; sus determinaciones varían no sólo con arreglo á las variedades psíquicas del hombre sino á las físicas íntimamente unidas con ellas.„

MANUEL DE LA REVILLA.

El fanatismo perjudica tanto más que el indiferentismo, cualquiera que sea la materia que les inspire: sujetando todos los pensamientos al dominante el uno, y desterrando preferencias el otro, ambos conducen por distintos caminos á fines igualmente lamentables. El fanatismo produce víctimas ó verdugos; el indiferentismo se desarrolla dentro del círculo de hierro de la inacción.

En este sentido, Leónidas, al defender con un puñado de espartanos las Termópilas, es un fanático que conquista la aureola de gloria; Hipathia de Alejandría es una víctima del populacho fanatizado; Arnaldo de Brescia es un fanático

á quien la perseverancia en la Reforma condujo hasta la hoguera; Spurio Casio es un ferviente adorador de la democracia por la cual muere; Daoiz y Velarde son dos figuras colosales en cuyas sienes puso el fanatismo la corona de los héroes, tanto más brillante cuanto que se yergue sobre un mar de sangre hermana; Ocba es un fanático que se consagra por entero á la fusión de sus tribus; Sócrates es el campeón fanatizado por la verdad, en cuyo obsequio liba sereno la mortal cicuta.

¿Qué produjo el indiferentismo? Nada.

Ahora bien; concretando nuestras observaciones á la entidad patria, existen igualmente los dos términos antes indicados.

El patriota fanático no ve nada mejor que las laderas de sus montañas cubiertas de vegetación desde el fondo del valle á la eminencia; no halla que comparar á sus ríos deslizándose por el álveo esmaltado de preciosidades, ya con la tranquilidad de la satisfacción, ya con el bullicio del júbilo; no cabe en el firmamento otro pedazo de cielo semejante al que vió mecer su cuna; no es posible que se celebren fiestas más llenas de atractivos que las de aquella tierra en que pasó gozoso los primeros años, esos años que no se cuentan porque desaparecen con la velocidad del relámpago; no puede haber costumbres que compitan con aqnellas; es inútil buscar templos más dignos de ser visitados que el en que elevó sus oraciones cuando niño; huelga ensalzar otro país por que en el suyo se condensan todas las magnificencias; la patria es su medio ambiente necesario; al deprimirlo, se pone á contribución sus nérvios, al ensalzarla, se le proporciona el mayor de los placeres.

En oposición al fanático vemos el indiferente que pasea la mirada distraído sobre tantos primores como le rodean. No hay allí quien excite sus facultades intuitivas, quien despierte el sentimiento de lo bello. La hermosura de las mujeres, lo dulce de la brisa susurrando plácida por entre dilatados bosques de castaños y robles, la encantadora sencillez de los campesinos, lo delicioso de los valles, la ambrosía de sus jardines, el murmurio de sus arroyuelos corriendo juguetones en un lecho de césped, la aparición del día, la puesta del sol, lo variado de la Naturaleza que presenta, cabe la hondonada, la montaña, más allá el pastor apacentando sus ganados, aquí una fuente en cuyas cristalinas aguas se quiebran amorosos los rayos solares, ya un sendero que se pier-

de entre la lozanía de las vegas, reapareciendo á trechos; nada de eso halla eco en su alma de mármol. Aquellas canciones con que arrulló su sueño madre querida, no pueden cautivar su atención; aquellos juegos en que pasó la inocencia, les ha olvidado; aquel techo bajo el que acarició tantas veces á los autores de sus días, le parece feo; aquellas gentes, toscas; aquella vida, monótona. No puede decir como Justice al traer á la memoria los alrededores de su casa:

C'est vous, c'est votre amour
Qui n'a jamais langui.

¡Pobre hombre! para él no existe la belleza patria; es una planta que arraiga en cualquier clase de suelo sin sentir el acicate de la nostalgia en la ausencia, ni el goce del afán cumplido en la vuelta; sus dias se suceden entecos, huérfanos de esas afecciones que constituyen el *dolce farniente* de la vida; no hay idealidad que borre la prosa mundana; no hay ángel que oculte el infortunio con el ala de la esperanza; es un pequeño cosmos, en el sentido extricto de la palabra; fuera de allí, está el vacío de las ideas, están cien libros de ternura y sentimiento con las hojas en blanco, cien poemas de amor y venturanza cuyas estrofas permanecen inéditas, cien idilios sin personajes que les realicen, sin aura que les preste encantos, sin luz que les delate...

El fanático y el indiferente son puntos que limitan el cariño á la patria; estacionarse en cualquiera de ellos, equivale á apadrinar lo absurdo; sostenerse en el centro de esa esfera cuyo diámetro señalan, ahí está la verdadera interpretación del patriotismo.

El suelo que nos vió nacer tiene derecho incuestionable á nuestro cariño, pero ese cariño no ha de pasar de tal, es decir, no ha de rayar en la idolatría. Bonaparte era grande, quiso más, y acabó pequeño en Santa Helena; Nabucodonosor era poderoso, aspiró á ser Dios, y sufrió el castigo de su culpa; Tiberio Graco amaba á la plebe, se excedió en ese amor, y hubo puñal para cortar el hilo de su existencia.

Pero tampoco el patriotismo ha de verse como letra muerta. Aquilatar sus regulares proporciones es un error que carece de disculpa.

Para el gallego, por ejemplo, el *alaláa*, la *muiñeira*, la *romaxe*, el *fiadeiro* son los tonos salientes de esa acuarela que representa la hermosa Suiza española; para el gallego de corazón el lenguaje de Vasco d'Aponte, Alfonso X y

Macías es lo más grato que registra la filología y la historia; decirle lisa y llanamente que su idioma está condenado á morir en plazo breve, es marchitar la rosa de las ilusiones, aparte de que supone en quien así se expresa que ignora el movimiento literario que de algunos años acá se opera en la región.

Hubo tiempo en que Galicia entregada á sus propias fuerzas, con el abandono tácito de los gobiernos, incapaz de sufragar onerosas gabelas, se sintió enferma y buscó la vida de sus hijos en la emigración. Entonces era de ver el espectáculo que ofrecían los puertos materialmente atestados de infelices que huían al hambre; el horizonte participaba de la tristeza general entoldando su diáfano azul con nubes plomizas; soplaba el ábrego sobre los ateridos miembros de tantos seres; las barcas salvaban con ligera quilla el espacio que separa el muelle del buque dispuesto á partir; veíase luego el negro humo que á borbotones lanzaba la chimenea, después se oía la señal de marcha y después el mónstruo dejaba la bahía, perdiéndose á lo lejos convertido en masa informe...

Hubo tiempo en que Galicia era considerada como un pueblo inculto donde la miseria y la ignorancia se daban la mano para presentarla á los ojos del mundo. Tendió la locomotora sus rails, asentó el telégrafo sus pilas y sus hilos, funcionó la prensa al impulso de vigorosas actividades, se decidieron á visitarla hombres importantes que salían admirados de la fertilidad de su suelo, de la belleza de sus hijas, de lo original del paisaje, de la melancólica poesía que guardan sus fortalezas en ruinas; y puesto en jirones el velo de la preocupación viéronse escuadras extranjeras en los puertos, sabios en los museos, *touristes* en las playas, músicos en las fiestas, pintores en los campos, enfermos en busca de aguas medicinales, actores en los teatros, novelistas inspirándose en las tradiciones; en una palabra, la savia de la vida debilitada por la anemia se enriqueció con cuantos componentes precisaba para seguir animando aquel organismo.

Entre ambas etapas medió un tiempo relativamente largo durante el cual nuestro dialecto iba perdiendo la unión que le informara; en las costas no era idéntico al de las montañas, variaba con las distintas regiones de una provincia y caminaba con pasos de gigante hacia su tumba.

Por fortuna y para gloria de nuestra literatura, surgió de las orillas del Sar, cual hada benéfica, la inmortal Rosalía arrancando á la lira las notas más tiernas, daguerreotipando

con pasmosa fidelidad esos sentimientos latentes en el corazón de todo buen gallego, salpicando de arrobadora tristeza sus canciones que produjeron en toda la verde Erim saludable reacción y, atravesando el piélago, llevaron á los trópicos el lenitivo que ansiaban nuestros compatriotas allí residentes.

Desde aquella fecha, Galicia ha variado por completo: decreció la emigración; abriéronse fábricas á la industria; edificáronse *chalets* suntuosos; aprisionóse la electricidad en talladas bombas de cristal, para iluminar las ciudades, y la trompeta de la fama alejó con sus ecos la falsa creencia que de la región tenían los extraños.

Desde aquella fecha, cultivó el afecto de las musas patrias una brillante pléyade de jóvenes, y el idioma gallego, pasando por sucesivas elaboraciones, va en derechura al límite de lo perfecto.

Cierra los ojos á la razón el que pretenda negarlo. Rosalía, Aguirre, Camino, Pintos, Añon, Vesteiro y mil más, fueron los soldados que caían peleando en primera fila con los ardores que infunde el entusiasmo de la convicción. Filomena Dato, Curros, Lamas Carbajal, Losada, Pondal, Rodríguez González y tantos otros son los actuales adalides de ese renacimiento felizmente secundado.

No; no es posible que desaparezcan los dialectos mientras exista la naturaleza humana, puesto que responden á condiciones inherentes á ella; irán perdiendo por la acción demoledora del tiempo todos ó casi todos los vocablos que les constituyen en la actualidad, pero de reemplazarlos se cuida enseguida el uso, viniendo á constituir nuevo dialecto sobre los moldes del anterior, ajustado el carácter y condiciones del país. La civilización no les rechaza, antes bién aconseja su cultivo porque les considera como la base de ulteriores progresos. Verdad indudable es la de que deben su origen al bastardeamiento de los idiomas; verdad también que sus vocabularios no pueden competir en abundancia de palabras con la lengua oficial, pero ¿qué fuera ésta sin la preeminencia que la encumbra? ¿acaso ese mismo dialecto elevado á idioma por virtud de las evoluciones históricas, no carece de palabras que hay que ir añadiendole á medida que lo reclaman los adelantos? ¿un dialecto, en el mero hecho de ser tal, no admite perfeccionamiento? ¿son incompatibles los dialectos con la civilización?

Sostener lo contrario vale tanto como creer en la posilidad del idioma universal. Muy bonito es aducir la teoría de

esta quimera, pintando con vivos colores el rumbo que sigue el Progreso por sobre todo lo viejo; admira el cuadro de millares de pueblos expresándose todos en una misma lengua; de bello y si se quiere hasta de loable puede calificarse la iniciativa del *volapük*, primer paso dado en falso; mas si para comprobar sus asertos descendemos al terreno de la práctica, hallamos cruel desencanto, se desvanece la ilusión de óptica que cautivó por un instante nuestra atención. Han de pasar los años, han de sucederse generaciones á generaciones, ha de llegar la consumación de los siglos y la lengua universal será un mito por que la diferencia de climas, el espíritu regional, la configuración del terreno, el carácter de los pueblos y las necesidades de la vida yerguen un valladar infranqueable para los arietes de la nueva idea.

Alégase, por partidarios de esta, que los dialectos son pobres en conceptos sublimes é ideas elevadas; especie que no vale la pena de rebatir, ¡Sólo un odio marcado hacia los dialectos pudo inspirar tan donosa afirmación!. ¡Sólo el desconocimiento de aquello que se censura, conduce á tan deplorables estravíos! La hormiga que hacendosa cumple su misión en la tierra dejará de ser tan perfecta, dentro del círculo de su pequeñez, como el águila que hiende los espacios hasta inconmensurables alturas, ó como el elefante que vegeta en los frondosos bosques de la Siria? Un labriego de nuestras aldeas espresándose en su lenguaje, lo hará con menos claridad que el habitante de la villa y corte, en grados iguales de ilustración? Una mujer del campo á quien la muerte arrebata el hijo de sus entrañas, viendole allí en la cuna inanimado, no tendrá expresiones para su duelo tan conmovedoras como la aristocrática señora, admitiéndo en esto comparación de posiciones? El pensamiento es tan fuera de lógica que, al intentar analizarlo, se encoge como la mimosa sensitiva, pero como ella no recobra su pristina forma tras de la impresión, sino que vuelve al no ser, en donde siempre debiera haber estado.

Decir que la mal llamada gente culta reuuncia á expresarse en el idioma patrio y colocar sobre esta resbaladiza pendiente el porqué de la desaparición de los dialectos es, cuando menos, deducir una conclusión general de premisas que sólo convienen á lo particular. Todas las Edades tienen sus puntos negros; todo está sujeto á error, dada la limitación de la inteligencia humana, la perfección, la fuente de toda sabiduría procede de Dios, principio y fin de todas las co-

sas. Si hoy existen algunos, muy pocos, que se desdeñan de hablar su dialecto, bien puede suceder que mañana le busquen, arrepentidos, cual buscan las aguas el cauce de que les obligó á salir accidental crecida, cual busca el ave el nido cariñoso donde se albergan sus hijuelos, como la calma reaparece al fin de la tempestad.

El cristianismo, en sus comienzos, vivió la miserable vida de las catacumbas; forcejeó entre las mallas con que le aprisionaban los gentiles, aparecieron las herejías capitaneadas por Arrio y aparecieron para combatirlas Aprigio, Liciniano y Eutropio; mas el cristianismo estaba fundado en la moral pura, era la verdad, y abriéndose paso á través de los siglos, tuvo al fin templos grandiosos en cuyas soberbias cúpulas se irguió triunfante el emblema del Calvario, y tuvo apóstoles que dieron la vida por entrar en su comunión.

Colón asiló en su privilegiado cerebro la idea de un mundo allende los mares, contra las creencias de Epicuro, Lactancio y Ptolomeo; no comcebía la figura de la tierra sin algo ignoto, por que estaba desequilibrado el movimiento de rotación del planeta, y buscó el apoyo de una reina magnánima para que coronase su presentimiento el más lisonjero de los éxitos.

Washington y Franklin soñaron un día la independencia del Norte-América, é Inglaterra perdió los Estados-Unidos, emporio de la riqueza y del comercio, porque el carácter de aquellas gentes no admitía de buen grado el yugo de la metrópoli, siquiera aquél fuese blando y ésta se hallase lejos.

Del mismo modo los *volapükistas*, en su lucha con las lenguas regionales, irán viendo como caen una á una sus empíricas teorias deshojadas por el cierzo de la realidad. Las corrientes del Progreso tienden al separatismo ordenado porque la unidad no escluye la variedad y ésta, dentro de la esfera de acción de aquella, da firme sostén al bienestar. Varias son las conchas que pueblan la costa, y su conjunto es magnífico; varias las plantas que el creador confió á la tierra, y, coleccionadas en un Jardín Botánico, ofrecen golpe de vista sorprendente; varios los trinos de tantos pájaros cantores como anidan en las enramadas, y la resultante de aquellos produce una armonía célica tal como no puede salir de las combinaciones del pentágrama...

Pero si estas apreciaciones convienen á todos los dialectos, cualquiera que sea su origen y estado de adelanto literario, ninguno con más preferencia las merece que el gallego.

El pueblo suevo apegado por vínculos de raza á la tradición, no olvida jamás el rasgo característico de sus progenitores.

Acaso Méndez Núñez, al poner su flota en línea de batalla contra el Callao, pensó en sus paisanos, recordando el dulce lenguaje que acarició sus oídos cuando niño; quizá aquellos herederos de la sangre celta que acompañaron á Annibal en su expedición á Italia no hubieran podido soportar la ausencia de la patria si no oyeran y no se expresaran en el lenguaje que alentaba su esperanza; quizá los Nodales sintieron bullir en su mente la idea de lanzar un *aturuxo* al dar con el estrecho de Le Maire como prueba de la satisfacción que inundó su pecho; tal vez Feijóo, en medio de sus estudios filosóficos, dirigió á menudo la vista hacia Casdemiro, sintiéndose triste al no percibir aquel lenguaje que le recordaba una madre. ¡Tan intenso es el amor de los gallegos hacia lo suyo!..

No nos ciega el regionalismo; pero tampoco nos halaga el idioma universal. Existe entre ambos la diferencia que va de una blanca casita edificada en lo más florido de un jardín y el severo palacio que se eleva sobre planicie yerma: no cabe duda que vemos con mejores ojos la casita blanca porque ella se hace simpática, tiene más encantos, está en amigable consorcio con nuestros afectos, interesa de una manora más eficaz nuestras potencias.

Supóngase á Galicia despojada de su querido dialecto y equivaldrá á arrancar una joya de su diadema; será lo que la flor sin aroma, lo que un cuadro encerrado en primoroso marco pero cuyo lienzo no hable al alma...

La rica y sonora lengua de Cervantes reune sin duda un caudal de voces superior al de cada uno de los dialectos extendidos por España, pero no es tan *gallega* como el gallego para nosotros; no tiene esa hermosura que la nuestra en labios de un habitante de las Rías Bajas ó del valle de Lemos; no posée esa magia que adquiere el precioso dialecto pronunciado por una garrida aldeana del Rivero de Avia ó de la cuenca del Miño; carece de la inimitable frescura, del color local que tanto satisface el patriotismo.

Si hoy en nuestro dialecto, gracias á los esfuerzos de la Iglesia, Valladares, Barreiro Meiro y algun otro, se descubren heridas procedentes del abandono en que vivió por tantos años, lo que ha de procurarse es administrarle el bálsamo cicatrizante de la etimología ó del fonetismo; no dejarle

que fallezca como con demasiada ligereza pide un escritor contemporáneo. Purgar el idioma de los errores que pudo haber admitido en el discurso de los tiempos, reglamentarle con Gramáticas y Diccionarios, favorecer en cuanto sea posible su enriquecimiento, esa es la misión providencial reservada á los buenos hijos del país. Proscribirle, como indigno de expresar nuestros pensamientos, llevar la crueldad á desahuciarle de su propia casa, á negarle toda clase de recursos para su subsistencia, ese es el deseo de unos cuantos visionarios para quienes las ideas de patria y civilización son electricidades contrarias...

¡Ánimo, cultivadores de dialectos en guerra contra la centralización absorbente! ¡Antes que nada os debeis al suelo que acarició los albores de vuestra existencia!...

R. Pesqueira Crespo.

Madrid.

O ARENTEIRO

DEDICADA Ó MEU AMIGO O POETA

ELADIO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

Cuase o pé d'o convento d'Oseira,
D'o "Escorial gallego„
Ten orixen e corre abondoso
O rio Arenteiro,
Que lev'as suas augas
Pol-os sitios máis lindos y-amenos
De tod'a comarca.
Imposibre é que haxa n-o mundo
Un rio que teña
O seu paso por vals e fonduras
Tan doces orelas.

Recréyase a vista
Contemprando esa xoya preciosa
D'o chan de Galicia;
Unhas veces escurre mainiño
Arrente d'os arbres,
Cal si as augas que leva quixera
Reter n-o seu cauce
E somella estonces
Ancha cinta de prata estendida
N-a falda d'os montes.
Así corre pasando por baixo
D'un ponte romano
N-o que deron mostras de valore
Os *gurrinos* d'Arcos,
Porbando os franceses
Qu'era en van o buscar en Galicia
Agarimo pr'eles.
Outras veces bate nos penedos
Que topa por diante
E malmuran as augas doéndose
De tales aldraxes;
Paresce qu'acoran
Y-á fuxir d'aquel sitio qu'as cingue
¡Coitadiñas! loitan:
Tal socede xunta o Carballiño
Preto d'o balneario.
N-o qu'o enfermo recobr'a saude
Y-esparexe os ánemos,
N-a longa lameda
Que compoñen moitos castiñeiros
Postos en fileira.
O mirar como en copos d'espuma
Rebrinca e s'axita
Entramentres laban as mulleres,
E a *Chantadina*
Aturuxa os aires
Co-a armunía d'os tenros *alalálas,*
Con ledos cantares;
Y-os páxaros que revoando gorguexean
E levan n-o pico
O cibaño qu'agardan con ansea
Os probes filliños,
Van d'arbre en arbre

Con pïos garimosos perguntándolles
Si xa teñen fame;
Y-as augas cruza cheo d'espranza
Algun pescador
Asentado n-a barca que rixe
Pequeno timon,
Y-a lediña brisa
Agasalla con dôce frescura
O âr que s'aspira.
E dempois vai a pôr movemento
A muiños e frabicas
Hastra que chega ô Avia a quen fai
Entrega d'as augas,
Y-alí sin enoxo,
Con tristura mîllor, van fundíndose
As d'un co-as d'outro.

—

¡Ay Arenteiros! eu busco e non alcontro
Palabras pra laudarte,
Que pinten o cariño que che teño,
Que por si soilas falen;
Eu topo as tuas orelas
Un *non sei qué* de paz e de ventura
Qu'afoga as miñas penas;
Eu quérote con tod'a miña alma
Pois sô ela s'esprica
As ideas qu'estando a tua veira
No meu celebro brincan,
Eu quero verte sempre
Porque mentras te vexo, craro río,
En min non sinto feles.

Cesáreo López Pinal.

APUNTES DE UN VIAJE Á SEVILLA

POR VENTURA GARCÍA RIVERA

I

Habíamos salido de Madrid de noche. El tren expreso conducía gran número de viajeros y muchos de ellos tenían el tipo característico de los *touristes*.

Dormitando sobre los almohadones del vagón, recordábamos la noche anterior, pasada en el Manzanal con una temperatura de 6.° bajo 0, y en las extensas y monótonas llanuras de Castilla cubiertas de una espesa capa de nieve. Nuestros párpados inflamados por las frías ventiscas del Norte, iban á abrirse el día cercano para que nuestros ojos contemplasen el hermoso cielo de Andalucía. De tiempo en tiempo oíamos la voz de los empleados del ferrocarril que anunciaban las estaciones del trayecto. Así soñolientos, cruzamos el desfiladero de Despeñaperros, sin apercibirnos de sus crestas y hondonadas, pasamos por Andújar sin que nos despertase el famoso majo, y cuando alboreaba el día llegamos á

Córdoba, la ciudad de los Califas. ¡Loado sea Dios! ya estamos en Ándalucía, vamos á ver con nuestros ojos esta región de las maravillas, este Edem de la tierra española, y ahora admiraremos estas magnificencias de la civilización árabe, resonarán en nuestros oídos los cantos de este pueblo poeta, y su genio y su estro despertarán en nuestro corazón nuevas y vivas emociones; cautivarán nuestro pensamiento melancólico; y el aire que se enciende, y la luz que baña sus campos y la riqueza de color de sus perspectivas nos darán nueva vida y aliento y nos consolarán del recuerdo de la patria ausente, con su eterno verdor en el campo, su tempestuoso mar en la costa.

Habíamos leído las narraciones de los viajeros, las descripciones de los publicistas, los ditirambos de todo género, los elogios y encomios prodigados á esta región meridional. Nos cautivaba y seducía el deseo de visitar este suelo privilegiado, y ahora íbamos á contrastar en la piedra de toque de la realidad la certeza de todo lo que habíamos leído, y apreciaríamos en su justo valor las rimbombantes frases que los viajeros han prodigado encomiando este bello país. Hablando sinceramente, cuando recordábamos aquellas pinturas llenas de luz y de color, mas bien nos parecían ensueños de acalorada fantasía que copias de la vida real. A pesar de esta reflexión, y de recordar que un publicista ha dicho en su estilo peculiar "que los encomiadores son los asesinos de los éxitos„ aun atenuando mucho el valor de cuanto se ha escrito acerca de Andalucía, de sus ciudades, su suelo y sus costumbres, queda aún acicate bastante que excita nuestra curiosidad.

Discurriendo de esta suerte, temiendo si nos esperaba una decepción ó un espontáneo movimiento de admiración y entusiasmo salimos de la estación de Córdoba con el propósito de volver más tarde á visitar la ciudad de la aljama.

Amanecía, hemos dicho, en uno de los primeros días de Enero, y era tibio el ambiente, despejado y purísimo el cielo y el campo á pesar de sus llanuras apenas entrecortadas por pequeños accidentes del terreno, tenía algo que despertaba en el ánimo la alegría de vivir. Bordeando el Betis unas veces, cruzándolo otras por el lomo de los robustos puentes de la vía férrea, llegamos al ansiado término de nuestro viaje, á Sevilla.

Nada había solicitado nuestra atención en las estaciones inmediatas á la capital: sólo habíamos visto algunas mujeres

en las estaciones, que no tenían nada de huríes, chiquillos harapientos del color de la morcilla, y algunos traginantes provistos de sendas alforjas que montaban en el tren, vestidos de americana y pantalón; con su sombrero de fieltro, en fin nada nos denunciaba la tierra andaluza, si no fuese el ceceo propio del habla de este país. Ni Lora del Rio ni ningún otro pueblo tenían nada de particular en su aspecto, más hermoso sin duda en conjunto que el de los negruzcos y severos pueblos viejos de Castilla.

Ansiando contemplar algo nuevo, mirábamos en todas direcciones, y solo veíamos los pigmeos olivos, los naranjos ostentando sus dorados frutos, y luego en extensas llanuras cubiertas de plantas forrajeras, paciendo tranquilamente, los bravos toros de afamadas ganaderías, caballos gallardos y ovejas cubiertas de abundante vellon. Por fin en lontananza se destacaba esbelta la torre de la Giralda, que como altísimo faro, guia al viajero hacia la antigua Hispalis.

La estación de Córdoba, que asi llaman á la que llegamos, situada en Sevilla, es de muy mal aspecto, y no corresponde seguramente en sus proporciones ni en su forma á la importancia de una capital, ni á la animación y movimiento que en aquella se notan. Despues de cumplir las exigencias del fisco, tan poco atento aquí como en casi todas partes, entramos en Sevilla con el corazón palpitante, por acercarse la realización de ansiadas emociones y la avidez en los ojos, para contemplar la ciudad del legendario D. Juan Tenorio. Calles estrechísimas, tortuosas y desiguales, casas de pobre aspecto, en fin todo lo más antiestético posible, tal es la primera impresión que produce esta ciudad. Ni tiene la grandeza de esos soberbios *boulevards* de líneas severas y monótono trazado, donde predomina la línea recta, y la geométria se impone como auxiliar poderoso de la higiene y de la salubridad, ni tampoco presenta el aspecto variado y bellísimo de las ciudades inglesas con sus casas franqueadas por pintoresco jardín en la entrada, como si el hogar, donde se mantiene el sagrado fuego de la familia, fuese un nido de amor, oculto tras el verde ramaje. Solamente escudriñando por entre las fuertes barras de hierro de la cancela, obligado aparato de clausura de todas las casas, aun las más humildes, se ven los patios que consuelan la vista del poco agradable aspecto de sus fementidas y sucias callejuelas. No sacia el ver la variedad de columnas de mármol, las macetas de claveles, exhalando su fragancia y las esbeltas palme-

ras que adornan tan frescas estancias que recuerdan la molicie de la raza árabe. La fuente, en el centro, de hermosísimo alabastro, de la que cae el agua con su murmuro en el pavimento de mosaio; todo respira voluptuosidad, y convida al deleite. Pero no busquéis allí nada más. Las calles son estrechas, el piso sinuoso, las aceras estrechísimas, y sin contar con los carruajes y carretas que constantemente cruzan por todas partes, y obligan al transeunte á tomar iglesia y acogerse en el portal más próximo. Y como si esto no bastase, también corren por estas calles, los coches, ríperts y hasta los tranvías, de modo tal que el andar por las calles de Sevilla puede dividirse en innumerables etapas que tienen por jalones los portales de las casas, asilos de conmiseración yp rotectores del pobre transeunte, amenazado constantemente de ser aplastado por todo genero de vehículos. Así caminando, de portal en portal, por un laberinto intrincadísimo de calles y callejones, llegamos á nuestro hospedaje. Recibiónos una Maritornes *flamenca,* muy fea y muy jaracandosa, y que por adorno llevaba enclávado por una horquilla sobre el moño de pelo, muy puntiagudo, un mono de felpa roja y, con un adorno tan *simiano*, parecía la mujer muy satisfecha y envanecida. No dejó de hacernos gracia tan conmovedor recuerdo á nuestros antepasados, en opinión del famoso y sabio Darwin. Mas tarde tuvimos ocasión de observar que es un adorno de moda entre las sevillanas de la clase artesana. Desde dicho modesto albergue comenzaremos á explorar esta celebrada y antigua corte.

(Continuará.)

PROGRAMA

Del certamen que abre la sociedad del Folk-Lore Gallego para el próximo año de 1889.

La sociedad del Folk-Lore Gallego, deseosa de llenar, hasta donde se lo permiten sus recursos, los fines para que fué instituída; de obtener respuesta á las preguntas formuladas en su *Cuestionario;* de alentar el desarrollo de la ciencia popular en Galicia, y de ofrecer una muestra de reconocimiento á la Coruña, donde contó siempre su mayor número de socios, ha acordado abrir un certamen cuya celebración coincidirá con las fiestas del tercer centenario de la heroína coruñesa María Pita.

Atendiendo á las lecciones de la experiencia, ha creido la sociedad que importaba al mejor éxito del certamen darle un carácter innovador que lo distinguiese de los que á cada pa-

so se celebran en nuestro país, con bien escaso aliciente para los justadores y bien menguado fruto para la cultura general, y por medio de la importancia de los temas y premios y del largo plazo concedido para prepararse á disputarlos, ha procurado facilitar la aparición de obras sazonadas é interesantes, capaces de honrar a Galicia.

Bases y condiciones del Certamen

I Los temas propuestos para este certamen son dos: 1.º *Estudio sobre las costumbres de Galicia*, 2.º *Estudio sobre las creencias y supersticiones populares de Galicia.*

II Para concretar y definir el desarrollo de estos temas, la sociedad del Folk-Lore Gallego se remite respectivamente á los capítulos III y V de su *Cuestionario*, (impreso en Madrid el año de 1885, tipografía de Ricardo Fé: folleto de 53 páginas: véndese al precio de una peseta en las librerías de los señores Fernando Fé, Madrid; y Andrés Martínez, la Coruña.) Dichos capítulos III y V, que vienen á ser dos interrogatorios muy completos acerca de las materias de los temas propuestos para este certamen, servirán de guía á los autores, evitando toda duda en la interpretación de la Base I: pero no por esto entiende la sociedad que los aspirantes al premio están obligados á ceñirse servilmente á la marcha y contenido de dichos capítulos, ni contestar á todas ni á la mayor parte de las preguntas que en ellos se formulan, pues basta que exclarezcan algunas de modo satisfactorio.

III Los trabajos presentados para optar á premio habrán de estar escritos en prosa, y en lengua castellana ó gallega, pero en una sola de las dos,

IV El mínimum de dimensiones de cada trabajo presentado para optar á premio ha de llegar á 200 páginas de impresión, de la forma y tamaño del *Cuestionario del Folk-Lore Gallego*; es decir, que no ha de formar folleto, sino cuerpo de libro más ó menos voluminoso,

V Atendido el carácter folk-lórico de este certamen, se estimará como mérito principal en los trabajos presentados, la riqueza de datos, noticias y observaciones inéditas, sin qne por eso deje de tenerse en cuenta, el elemento literario de corrección y elegancia en la forma.

VI A cada tema propuesto corresponde un premio de *mil pesetas* en metálico y un diploma comprobante. La can-

tidad de dos mil pesetas consignada para estos premios, ha sido depositada en la sucursal del Banco de España en la Coruña, por el señor Tesorero del *Folk-Lore Gallego*, con fecha de 19 de Julio de 1888, en dos depósitos de á mil pesetas cada uno, bajo los números 970 y 971.

VII No se concederá accésit ni mención honorifica.

VIII La Sociedad no se ofrece á imprimir los trabajos premiados, cuya propiedad íntegra conservarán sus autores.

IX El Jurado que ha de examinar y calificar los trabajos, lo constituyen los individuos de la Junta Directiva del Folk-Lore gallego, quienes se reservan el derecho de agregarse, si así les conviene, un número determinado de adjuntos, elegidos entre personas de reconocida competencia. Los individuos de la Junta, al constituir el Jurado, se declaran *ipso facto* excluidos de opción á los premios.

X Los autores que opten á los premios, se entiende que reconocen *ipso facto* también la autoridad, inteligencia y honradez del Jurado, y renuncian á toda reclamación ó protesta para lo sucesivo.

XI El Jurado procederá en la calificación y estimación de los trabajos con arreglo á su criterio propio, y de haber disidencia la resolverá por mayoría de votos, sin obligarse á publicar la votación ni á justificar sus resoluciones en el veredicto, lo cual sólo ejecutará caso de estimarlo conveniente,

XII Si á juicio del Jurado ningún trabajo de los presentados merece premio, se declarará desierto el Certamen y la junta deliberará sobre el empleo de los fondos consignados.

XIII Los trabajos se remitirán al señor don Salvador Golpe, Secretario del Folk-Lore Gallego, (La Coruña, calle de Santiago, número 4) en la forma acostumbrada en casos tales: encabezado el manuscrito con un lema, que se repetirá en la cubierta del sobre cerrado y lacrado que contenga el nombre y señas del autor. El plazo improrrogable de admisión de los trabajos espira el día 30 de Junio de 1889, á las doce de la mañana.

XIV El Jurado publicará oportunamente los lemas de los trabajos recibidos, y hará saber con la necesaria anticipación su fallo y el modo y forma en que ha de celebrarse, si ha lugar la adjudicación de premios. Los trabajos no premiados quedarán tres meses, á contar desde la publicación del fallo en poder del secretario, de quién podrán recoger-

los reservadamente los autores, previa comprobación de serlo: transcurrido este plazo se quemarán ó archivarán sobres y manuscritos, caducando todo derecho á reclamar.

La Presidente, *Emilia Pardo Bazán*.—El Secretario, *Salvador Golpe*.—La Coruña 21 de Julio de 1888.

La Sociedad del Folk-Lore Gallego suplica á la prensa española y americana reproduzca íntegro el Programa de este Certamen.

LA COMERCIAL:
Establecimiento Tipográfico de la Papelería de Ferrer
Real, 61.—La Coruña
1888